



92



Luis Espinal

ORACIONES A QUEMARROPA

ORACIONES A QUEMARROPA

Luis Espinal sj.

[Introducción y comentarios de Víctor Codina sj.]

INTRODUCCIÓN	3
I. INMERSOS EN LA COTIDIANIDAD	7
II. EL MISTERIO DE LA PERSONA	14
III. ABIERTOS AL MISTERIO DE DIOS	23
IV. UN NUEVO SENTIDO DE LA VIDA	31
TESTIMONIO DE LA HUELGA DE HAMBRE	39

En conmemoración de los 40 años del martirio de Luis Espinal hemos reeditado el cuaderno *Oraciones a quemarropa*, publicado inicialmente en el nº 31 de esta misma colección. Recomendamos, no obstante, encarecidamente la bella edición de *Oraciones a quemarropa* con ilustraciones de tallas de madera realizadas por el mismo Luis Espinal, publicada en 2015 en La Paz por los Jesuitas de Bolivia, la Fundación Xavier Albó y Plural Editores. Todas estas publicaciones contribuyen a que el testimonio y la vida de Espinal sean conocidos y sigan inspirando en el futuro.



Luis Espinal (Sant Fruitós de Bages 1932 - La Paz 1980). Jesuita. Especialista en medios de comunicación social (radio, cine, TV y periodismo). Su vida da nombre a la fundación que ampara el centro de estudios Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal).

Víctor Codina (editor). Jesuita. Doctor en Teología. Desde 1982 hasta 2018 residió en Bolivia. Ha publicado en Cristianisme i Justícia: *Luis Espinal, un catalán mártir de justicia* (Cuaderno nº 2, 1983), *Acoger o rechazar el clamor del explotado* (Cuaderno nº 23, 1988), *Luis Espinal «gastar la vida por los demás»* (Cuaderno nº 64, 1995).

Edita: Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38 - E-mail: info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 6986-2020
ISBN: 978-84-9730-461-0 - ISSN: 2014-654X - ISSN (virtual): 2014-6558

Edición: Santi Torres Rocaginé - Corrección: Cristina Illamola
Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Marzo 2020

Protección de datos: Los datos de los destinatarios de la presente comunicación provienen de los ficheros históricos de la Base de Datos General de Administración de la Fundació Lluís Espinal (Cristianisme i Justícia), y se incorporaron con el previo consentimiento de los interesados otorgado, o bien directamente o bien a partir de las relaciones jurídicas mantenidas con la fundación, tal y como se dispone en el artículo 6.2 de la LOPD y el artículo 21 de la LSSI. La finalidad de su conservación es mantener informados a nuestros suscriptores e interesados sobre sus servicios y las actividades que organiza y en las cuales participa. Su información no será cedida a nadie, pero sí que puede ser utilizada en plataformas externas a los sistemas de la fundación para facilitar el envío de los correos electrónicos. Puede completar esta información consultando el aviso legal publicado en la web <https://www.cristianismeijusticia.net/avis-legal>. Por lo que hace referencia a su información, en cualquier momento puede consultar, acceder, rectificar, cancelar, limitar su tratamiento, solicitar la portabilidad de los datos, prohibir las decisiones individuales automatizadas y oponerse, total o parcialmente, a que la Fundació Lluís Espinal conserve los datos, escribiendo al correo electrónico info@fespinal.com, o si lo prefiere, dirigiendo un escrito a la calle Roger de Llúria, n. 13, piso 1º, de Barcelona (08010).

En La Paz, Bolivia, a 3.700 metros de altitud, la noche del 21 de marzo de 1980, un jeep secuestró a Luis Espinal cuando regresaba del cine de ver la película *Los desalmados* para preparar su posterior crítica en la radio. Alguien escuchó un grito. Su cadáver fue encontrado al día siguiente por un campesino aimara en un basural de Achachicala, junto a La Paz. Su cuerpo presentaba huellas de tortura y diecisiete balazos. A su entierro asistieron unas ochenta mil personas; en su tumba siempre hay flores frescas y reza la inscripción: «La vida es para gastarla por los demás». Tres días después, fue asesinado Mons. Romero en El Salvador.

Varias instituciones bolivianas llevan el nombre de Luis Espinal: colegios, centros sociales y culturales... Cada año, en el aniversario de su muerte, es recordado en los periódicos bolivianos y en actos conmemorativos organizados por sectores profesionales y populares. El presidente de Bolivia, Evo Morales, en su toma de posesión como presidente de Bolivia (2006) citó a Luis Espinal, junto a otros líderes patrióticos como Tupac Katari, Tupac Amaru y Bolívar. El parlamento de Bolivia lo proclamó mártir de la libertad.

En cambio, Luis Espinal es poco conocido fuera de Bolivia, incluso en sectores eclesiales e ignacianos.

¿Quién era Luis Espinal? ¿Por qué lo asesinaron?

Luis Espinal nació en 1932 en Sant Fruitós de Bages, un pueblo cercano a la ciudad ignaciana de Manresa (Barcelona), hijo de una familia sencilla, trabajadora y cristiana tradicional. En Manresa, Espinal conoció a los jesuitas, cursó su bachillerato en la Escuela de Roquetas (Tarragona) y en 1949 entró en el noviciado de la Compañía de Jesús de Veruela (Zaragoza).

Era un joven entusiasta, sencillo, inteligente y reflexivo; callado, un poco tímido, muy sensible y sincero ante la realidad; con sentido crítico y

muy fiel a sus convicciones, que defendía con tenacidad, pero al mismo tiempo con una gran sensibilidad estética, poética y artística. Poseía una profunda vivencia espiritual, centrada en el seguimiento de Jesús.

Durante sus estudios de Filosofía en la Facultad de Sant Cugat del Vallés (1953-1956), redactó una tesis sobre el problema del mal y, en sus ratos libres, tradujo poemas del poeta jesuita inglés Gerard Hopkins. Entre 1956 y 1959, enseñó literatura grecolatina a jóvenes jesuitas en Raimat (Lleida) y obtuvo la licenciatura civil de Filosofía en la Universidad de Barcelona con una tesis sobre la antropología de Lucrecio. Durante sus estudios de Teología en Sant Cugat del Vallés (1959-1963), experimentó dolorosa y críticamente el contraste entre la teología clásica escolástica oficial que recibía en clase y las nuevas corrientes teológicas aperturistas que acabaron posibilitando el Vaticano II. Colaboró en la fundación de la revista *Selecciones de Teología* y fue ordenado sacerdote en 1962.

Luego, entre 1964-1965, se especializó en radio, cine, TV y periodismo en la escuela de Medios de Comunicación Social [MCS] de Bérgamo, dependiente de la Universidad del Sacro Cuore de Milán. Esta especialidad marcó toda su vida y, aunque Espinal siempre colaboró pastoralmente los domingos en algunos barrios populares, los medios de comunicación fueron el instrumento de su futuro trabajo apostólico, primero en España y luego en Bolivia.

En la España franquista, le censuraron un programa de TVE llamado *Cuestión urgente*, en el que abordaba temas tabús durante el franquismo: barraquismo, prostitución, madres sol-

teras, alcoholismo, una entrevista con Alfonso Comín, etc. Ante ello, Espinal dimitió y se fue a trabajar a Bolivia en 1968, una fecha muy significativa: año del Mayo francés y de la reunión en Medellín, cuando los obispos latinoamericanos asumieron creativamente el concilio Vaticano II como un llamamiento del Espíritu para trabajar por la justicia y los pobres.

En Bolivia, se nacionaliza bolivia-no (1970) y pasa a ser Lucho Espinal. Vive muchos cambios políticos, pero sobre todo se enfrenta a la dictadura de Hugo Bánzer (1971-1978). Espinal estaba dedicado totalmente a los MCS: colaboró con radio Fides de la Compañía de Jesús; escribió en diarios como *Presencia* de la Conferencia Episcopal Boliviana y *Última Hora de La Paz*; produjo algunos cortometrajes para la TV boliviana; participó en el grupo cinematográfico Ukamau, que realizó la película *Chuquiago*; fue profesor de MCS en la Universidad San Andrés y en la Universidad Católica de La Paz; publicó diez libros sobre cine, y desde 1979 dirigió el seminario político *Aquí*.

Espinal no se limitó a ser un buen profesional de MCS, sino que hizo de ellos un medio para denunciar proféticamente la pobreza y la injusticia, para criticar la falta de libertad, las masacres, los exilios, el narcotráfico:

«Deseamos a la patria un 1972 sin pena de muerte, con universidades funcionando normalmente, sin campos de concentración, sin terrorismo ni detenciones».

«Por fidelidad a Cristo, la Iglesia no puede callar. Una religión que no tenga la valentía de hablar en

favor del hombre, tampoco tiene el derecho a hablar en favor de Dios».

En 1977, participó en una huelga de hambre junto con Domitila Chún-gara y otras mujeres mineras que pedían amnistía para los presos políticos y, mientras a petición suya se leían las bienaventuranzas, fueron desalojados por la policía. Se consiguió la amnistía y Espinal escribió su experiencia de huelguista en un texto que se llamó *Testamento político-espiritual*. La huelga de hambre le resultó una experiencia espiritual, un profundo rito religioso de solidaridad y de comunión, compartiendo el sufrimiento de sus hermanos: «Da más carta de ciudadanía morir por un pueblo que nacer en un pueblo».

Todo este conjunto de circunstancias explica que Espinal entrase en conflicto con sectores políticos oficiales y también con algunas instancias eclesiales. Sabía que su vida corría peligro en Bolivia, pero decidió no regresar a España:

«No es cristiano quien ahorra la vida para sí: el agua estancada se pudre».

Sus raíces

Como todo profeta, sus palabras nacían de una profunda vivencia espiritual y mística, de su fe en el Dios de la vida, del seguimiento apasionado de Jesús de Nazaret que había aprendido en los Ejercicios ignacianos:

«Señor Jesucristo, nos da miedo gastar la vida. Pero la vida Tú nos la has dado para gastarla, no se la

puede economizar en un estéril egoísmo... La vida se da sencillamente, sin publicidad, como el agua de la vertiente, como la madre da el pecho a su hijito, como el sudor humilde del sembrador».

Tras su muerte, encontraron en su mesita de noche el Evangelio de Lucas, abierto en el capítulo 23: Jesús es condenado a muerte por Pilato.

También se halló un escrito suyo inconcluso en el que decía que el pueblo no tiene vocación de mártir; tiene horror a todo lo que gire en torno al culto a la muerte:

«y si un día le toca dar la vida le hará como quien cumple una tarea más y sin gestos melodramáticos».

En 1980, durante la débil presidencia de Lydia Gueiler, se gestaba un golpe militar dirigido por García Meza y Arce Gómez, quienes impondrían una dictadura unida al narcotráfico. Espinal, que denunciaba estos oscuros horizontes, era un estorbo para los militares. Después de su asesinato, los militares brindaron alegres, celebrando su definitiva desaparición.

En la visita del papa Francisco a Bolivia en 2015, en su descenso del aeropuerto del Alto hacia la ciudad de La Paz, la comitiva se detuvo brevemente cerca del lugar donde había sido encontrado el cadáver de Espinal. Francisco dijo que a Espinal lo mataron por predicar el Evangelio, rezó una breve oración y bendijo a la multitud que allí le esperaba. El Papa jesuita reconocía públicamente a un hermano suyo mártir de la Compañía de Jesús, por predicar el Evangelio.

La vida y muerte de Espinal es como una parábola evangélica del Reino: el Reino de Dios es el que en seguimiento de Jesús lo deja todo, sale en busca de los más pobres y es capaz de entregar su vida por los demás, como Jesús de Nazaret. Espinal simboliza una Iglesia en salida que va a las periferias para defender la vida amenazada. Podemos aplicar a Espinal lo mismo que el obispo poeta Pedro Casaldáliga afirmó de Mons. Óscar Romero: «Los pobres te ayudaron a leer el Evangelio».

Oraciones a quemarropa

Después de la muerte de Espinal, Xavier Albó y sus compañeros publicaron *Oraciones a quemarropa*. Son oraciones para ser leídas por la radio con temas humanos y existenciales: el silencio de Dios, la soledad, el dolor humano, la muerte, el enigma del futuro, una Iglesia del silencio, callada ante la injusticia, etc.

Es posible que el origen de estas *Oraciones*, escritas desde una perspectiva existencial y moderna, fuera anterior a su llegada a Bolivia. Con el tiempo, esta perspectiva más personalista se enriqueció en Bolivia al experimentar la situación de las víctimas de una injusta pobreza, y también con la opción de la Compañía de Jesús en su Congregación General 32 (1974-1975) por una fe unida a la justicia. A través de estas oraciones, retocadas durante sus años de vida en Bolivia hasta su muerte (1980), podemos aprender a vivir el presente de tal manera que,

inesperadamente, vaya naciendo de él un futuro realmente nuevo.

Aunque Espinal era muy sensible a temas como la constante marginación de la mujer, la importancia del diálogo ecuménico y el amor a la naturaleza, en estas *Oraciones* no aparecen dimensiones actuales sobre feminismo, género, diálogo interreligioso, ecología, nuevas tecnologías, fundamentalismos... No sabemos lo que hoy, en un nuevo contexto social y político de Bolivia y del mundo, diría Espinal, pero seguramente tendría una palabra profética y valiente.

Pero, a pesar de esto, o quizás precisamente por esto, *Oraciones a quemarropa* constituye un texto clásico de plegaria, como lo pueden ser los de autores antiguos, desde Agustín a Francisco de Asís, desde Teresa de Jesús a Karl Rahner o Etty Hillesum.

Más aún, en un mundo moderno secularizado y agnóstico como el nuestro, muchas veces poscristiano, pero ansioso de espiritualidad, estas *Oraciones a quemarropa* no son textos solamente poéticos para leer, sino que ofrecen una iniciación a la fe y a la plegaria cristianas.

Con este cuaderno, Cristianisme i Justícia, EIDES y, en definitiva, la Fundació Lluís Espinal quieren poner al alcance de sus amigos, amigas, lectores y lectoras una reedición actualizada de *Oraciones a quemarropa* con motivo de los cuarenta años de su asesinato martirial.¹

Víctor Codina sj.

1. Hemos incluido en esta edición el texto *Testimonio de la huelga de hambre* donde explica la experiencia vivida durante la huelga de 1977. Un texto de gran valor testimonial que creemos nos ayuda a acercarnos a su vida y pensamiento, y que creemos complementa y da realismo al valor de sus poesías.

I. INMERSOS EN LA COTIDIANIDAD

Son un grupo de oraciones desde la cotidianidad de la vida, a quemarropa, desde la realidad más diversa: política, ciencia, sexo, juventud, música, secularización. Son oraciones desde la calle, los medios de comunicación, «entre los pucheros» como decía Santa Teresa.

1. Egoísmo

Abrimos los ojos, salimos a la calle,
y mil llamadas humanas nos asedian:
un mendigo que pide limosna;
el amigo que busca trabajo;
el anuncio de una reunión política...

Pero, luego matamos estas llamadas,
las asfixiamos lentamente en nuestro
interior.

A veces, casi sentimos vértigo
ante nuestro corazón de Caín,
lleno de cadáveres del prójimo.

La vida es dura:
nos abrimos camino a hachazos,
prescindiendo de los demás,
atropellándoles.
Buscamos la felicidad,
pero no irradiamos alegría...

Señor, hay algo que llamamos amor,
pero, Tú sabes que es mezquino y avaro;
solo es un egoísmo refinado.

No nos entregamos; solamente exigimos,
como un recaudador de impuestos.

Por esto, señor, te buscamos en vano.
Tú no vives en esta cerrazón,
porque eres el amor.
Pero eres tan bueno,
que a pesar de todo, nos hablas.

Tu amor es más fuerte
que nuestra coraza de oscuridad,
y vemos brillar tu luz.

Jesucristo, enséñanos a amar;
cada vez más,
cada día con más desinterés.
No, por sentir necesidad de afecto,
sino porque los demás necesitan amor.

Tú eres el Amor,
pero estás necesitado de amor
en tu Cuerpo; falta más sangre
para establecer este circuito universal
de amor. Queremos participar en esta
transfusión,
y no ser tan solo sanguijuelas.

No te pedimos nada exorbitante,
solo queremos ser discípulos tuyos,
cumpliendo tu mandamiento único de:
Amar a los Demás.

2. Cosmonautas

Señor,
los hemos visto en nuestra pantalla
del televisor, moviéndose lentamente
para salir de la cápsula,
y luego flotar en el vacío.

Otros, tal vez,
han muerto en un silencio perfecto,
cayendo por el universo.
En el hueco de su incredulidad,
no tenían sentido ni siquiera sus
blasfemias.

Ven, Señor, tenemos miedo;
el universo se ha hecho demasiado
enorme para viajar solos.

La imaginación estalla,
porque la realidad es más inverosímil
que los sueños.

¿Para que serviría tanto universo,
si Tú no existieras?

Nos asalta la angustia de la máquina,
que ya no dominamos,
la neurosis de la soledad
en el desierto del cosmos.

Te pedimos por estos audaces
que lo arriesgan todo para buscar algo
¿alguien?
Que estos eremitas del espacio te hallen.

También nosotros querríamos darlo
todo, para saltar a una órbita lejana.
Empuja nuestra vida hacia la audacia.

3. Retiro

Esto es sólo un paréntesis.
No podemos encerrarnos en nosotros
mismos, Señor,
para entregarnos a Ti.
Apenas cerramos los ojos,
hallamos solamente el desierto
de nuestro «yo»,
la náusea de nuestra nada.

Nos da miedo una perfección
algebrizada,
con sus mil senderitos y grados.

Señor, con los ojos abiertos
te quisiéramos hallar en los demás,
porque nos sonríes desde todo rostro
humano.
Te quisiéramos seguir a pleno sol,
con la naturalidad de tu Evangelio.

Déjanos ser osados.
Nos pareces demasiado adusto en tus
santos; te preferimos a Ti, desnudo y
alucinante.

No hemos nacido para el silencio;
porque Tú nos has cargado con tu
Palabra.
A Ti te hallamos mejor en el ruido,
en los problemas de los hombres,
en estas personas heridas que se nos
acercan.

Jesucristo, tal vez nos sobre petulancia,
pero nos asquean ciertas palabras:
perfección, virtudes, santidad...
Palabras de autopsia,
estructuras que ocultan la vida, tu Vida.

Líbranos del riesgo de volverte
a desencarnar.
Tememos mediatizarte.
Ojalá no te perdamos entre tanto
andamio.

4. Adelante

Como el grito de los centinelas
contra la fila de los prisioneros de guerra:
«En marcha», «Adelante».

No nos podemos detener, Señor.
Y el corazón quisiera quedarse aquí,
sobre este éxito,
entre estas personas
que han recibido tu Paz por nuestra mano.
«Adelante».

Nuestra vida de éxodo total;
somos nómadas del Absoluto.
No tenemos más hogar que tu regazo
de misterio y de fe.

A nuestro paso encendemos la esperanza
y también el amor;
pero nosotros seguimos solitarios,
encauzando todo el amor hacia Ti.

Danos fuerza para seguir caminando
sedientos por este interminable
arenal, sin pararnos en tantos oasis.
«Adelante», bajo tu sol abrasador.

Otros, tal vez, podrán darte el corazón
de golpe, y encerrar el universo en un
paréntesis colosal;

pero, nosotros no.
Debemos ir con el corazón en la mano
para enjugar lágrimas y restañar heridas.

Hemos de entregarnos
y decir siempre: «Adiós»,
amar profundamente
pero siempre en marcha.

Te ofrecemos esta mística ardiente del
eterno «Adelante»,
hasta que llegues Tú;
hasta que Tú detengas esta peregrinación,
más allá del desierto,
y dejemos la tienda trashumante
para fijarnos en tu Ciudad (Ap 21,2-4).

Ven, Señor Jesús (Ap 22,20),
y que tu descanso suprima este
inacabable «Adelante».

5. Sexo

Vamos a desempolvar una palabra tabú:
el sexo.
La hemos desterrado de nuestra oración,
para que se ocupe de ella la pornografía.

Pero el sexo polariza
todo el misterio del hombre:
Es tan fascinante que puede
convertirse en ídolo,
tan potente que puede desencadenar
la destrucción.

Nuestra sociedad supererotizada
ha degradado el sexo,
lo ha rebajado al nivel
de lo simplemente animal.

Y en el hombre, también el sexo
es humano...
Dios creador,

te damos gracias por el sexo,
por esta división que aglutina,
por este cebo del amor.

No podemos ser renegados del sexo;
no podemos despreciar
el motor de la vida.
Pero, porque lo amamos,
queremos respetarlo, como se respetan
tus grandes sacramentos, Señor.

En el sexo has puesto
los resortes más misteriosos del hombre;
en él se cruzan la belleza, el amor,
y la persona.

Señor, no permitas
que profanemos esta fuerza de vida,
esta potencia sobrecogedora que nos
aterra.
Porque el sexo que anuda la familia,
también puede ser un explosivo
de odio y bestialidad.

No permitas que nunca separemos
el sexo y el amor.
El sexo no es todo amor.
Si este falta,
el sexo es solo un instinto animal.
Cuando el sexo no expresa el amor
es rutinario y aberrante,
no es más que una descarga nerviosa.

No permitas que por el sexo
sea pisoteada la persona humana.
No existe un sexo inferior al otro;
ante Dios todos somos iguales
todos igualmente hijos de Dios

Señor, que no olvidemos que el sexo
no es la última realidad:
que sólo tiene sentido
transfigurado en el amor.

6. Castidad-Obsesión

Cuántos cristianos han reducido
su religiosidad
a una obsesión sexual.
Señor, cómo hemos empobrecido
tu Evangelio...

Quisiéramos gritar por las calles
que ser cristianos
es algo más que «no fornicar»,
que es un simplismo pueril
convertir al hombre en puro sexo.

No queremos seguir formando a
nuestros hijos
hipersensibles ante la castidad,
y en cambio encallecidos para todo
lo positivo: la justicia, el amor,
la oración.

La impureza ya ocupa
todo el horizonte moral,
y no hay sitio para nada más.
La moral puritana puede ser
más nociva que la pornografía.

El pecado de la carne es el más
epidémico;
es peor el orgullo o el egoísmo:
pecados básicos que tragamos
piadosamente.

Enseñanos a dar su verdadero valor a
las virtudes, a respetar la jerarquía.
La castidad solo vale porque es la
cáscara del amor.

El peor pecado solitario es el egoísmo.

Danos unos ojos de niño
para ver con limpieza tu Creación;
que recordemos que Tú lo hiciste todo
«bueno» (Gen 1,3.31).

No queremos oír hablar
de «virtud angelical»,
porque Tú no usabas
circunloquios remilgados
para hablar de la sexualidad.

Sobre todo, que no olvidemos
que solo fuiste duro
con el fariseísmo de los «perfectos»,
los que juzgan y se escandalizan.

7. Juventud sin Dios

Jesucristo, ellos mismos lo dicen,
que les falta ilusión,
que su vida no tiene sentido,
porque existen sin Ti.

Mira esta juventud atea,
carcomida por dentro,
lacia como una vela sin viento,
en una desorientación total.

Sobre su rostro se ceba la angustia.
Nunca habíamos visto unos ojos
tan negros,
tan llenos de interrogantes.

Vuelve, Señor,
manifiéstate a estas almas
que te buscan, y no te hallan.
No tardes, porque se desmorona todo;
y sin Ti sería mejor no existir.

Los personajes fantasma que se arrastran
por las películas de incomunicabilidad,
no son algo ficticio;
así es la juventud sin Ti.

Porque sin Ti
nos falta el único punto de referencia,
no se pueden valorar las cosas,
se confunden la felicidad y el dolor.

Ven pronto,
para dar brillo a aquellos ojos trágicos,
porque no encuentran nada que de
sentido al amor.

Cuando nosotros sufrimos,
al menos, hay un hilillo de esperanza.
Pero ellos agonizan en una noche de
plomo, como animales traidoramente
conscientes.

Dales el pan de tu presencia.

8. Música moderna

Jesucristo,
también te has encarnado en el mundo
de hoy; Tú comprendes nuestra música,
expresión del hombre actual.

Estridencias, alaridos y angustia;
todo esto es nuestra plegaria,
la de hombres rotos y en crisis.
Nuestra música es un grito de socorro.

Tú conoces a estos jóvenes
que con voz sollozante interrogan.
Todos nos sentimos representados.
Cada vez que golpean guitarra
nos dejan en carne viva.

Señor, y Tú ¿dónde estás?
¿Por qué permaneces mudo?

Y nos quedamos solos, rostro al viento,
golpeados por la vida.
Los instantes más bellos
se nos desangran entre las manos.

Nuestra oración,
ahora solo puede ser angustia;
todo el dolor del mundo
clavado en una garganta.

Jesucristo, nunca hubo
una nostalgia de Ti tan difundida.
El *twist* y el *rock* son una oración.
Escucha.

9. Mandatos incomprensibles

Señor de la vida,
¿por qué nos dejas morir
lentamente en tus manos? ¿por qué
nos arrancas los brotes de la ilusión?

¿Nos quieres hacer comprender
que no necesitas de nosotros
para que venga tu Reino,
que vale más la adoración que la acción?

A hachazos has ido desmochando
el árbol de nuestra vida,
Señor ¡Cómo vamos a dar fruto
Si nos vas tronchando las ramas!

Tú nos mandas lo incoherente
y lo absurdo;
nos mandas deformarnos,
hacernos vasijas rotas
que no pueden retener tu mensaje,
¿por qué?

Jesucristo,
aceptamos esta muerte que nos roe la
persona. Sabemos que son tus manos
las que nos magullan amorosamente,
las que nos desfloran el alma.

Estamos abiertos a tus heridas.
Creemos que nuestra última brizna,
inertada en Ti
dará una primavera total.

Jesús crucificado,
enséñanos a morir con la ilusión
de un noviazgo incipiente.

No nos deje morir en pasiva amargura
o gesticulante rebeldía.
No nos dejes morir más de la cuenta.

Señor, ¡cómo tememos que sea solo
un suicidio nuestra crucifixión!

10. Veraneo

Señor, te echamos de menos en la playa.
A veces parece que queremos
descansar sin Ti,
como si Tú nos fueras a aguar la fiesta.

Nos desagradan estas vacaciones
de vegetal, que solo consisten
en bañarse, comer y flirtear.

Enséñanos a descansar.
Danos unas vacaciones
que lleguen hasta el espíritu,
hasta lo más noble de nuestra persona.

Queremos aprender a buscar
el descanso en lo sencillo y frugal,
en el arte, en la amistad,
en el trato más esponjado Contigo.

Ahora que estamos más en contacto
con la naturaleza,
quisiéramos avivar el instinto de verte
en todas las cosas
y en todas las personas.

Que el contacto con el campo
nos devuelva la espontaneidad
y la sencillez.
Haznos olvidar las superestructuras
de nuestro intelectualismo
y de nuestra posición.

Devuélvenos la frescura
del sentimiento.

Quisiéramos ser sencillos y alegres
como una gota de agua o una brizna
de hierba; recuperar un espíritu sano,
sin neurosis ni complejos,
para poder amar mejor.

Te pedimos por tantos millones
que no tendrán veraneo;
lo necesitan más que nosotros,
pero un orden social injusto
no les permite disfrutar de un mundo
que también creaste para ellos.

Que su recuerdo nos enseñe
que es pecado el despilfarro,
porque tal vez son ellos
quienes «pagan» nuestro veraneo.

11. Comunismo

Señor,
nos da miedo este mundo
que avanza hacia el comunismo.
La mancha roja se extiende
con el apoyo de muchos.

Hoy, aquí, la religión de la materia
es más fuerte que tu Religión,
es más viva, más proselitista.

Tal vez, sea mejor así,
que el comunismo crezca y de un zarpazo
saque de su letargo a tu Iglesia milenaria.
Ante un peligro tan agudo,
¿qué significa esta iglesia de boato
y de rutina?

Tal vez, tus pobres hallan en el
comunismo aquello que Tú predicaste:
el hambre y la sed de justicia (Mt 5,6).

Tal vez, nosotros los hacemos ateos
al mostrarles un Dios que de verdad

no existe; tal vez, tienen razón al
hablar de «opio del pueblo» porque
hemos desencarnado nuestra fe...

Tal vez, hará falta atravesar el Mar Rojo
para entrar en la Tierra Prometida.

Tal vez, Tú, Señor, estás con ellos.

12. Ateos

Estamos tristes por ellos;
porque gritan para espantar su tristeza.
Se ahogan en la noche sin tiempo
y sin estrellas.

La vida les desgarrar, como a nosotros,
pero ellos no tienen esperanza.
Están solos, sin Dios.

Para ellos, la vida es apagarse,
como la espuma del mar,
como el sonido del martillo contra
el yunque. Avanza la tenaza del silencio.

Estamos tristes por ellos, Señor.
El hombre no sería más que un sapo
saltando hacia el vacío.

¡Y son nuestros hermanos!

Han querido construir un mundo más
justo, pero ¿para quién?
Apuntáales la existencia,
no sea que tan solo construyan
un mausoleo.

II. EL MISTERIO DE LA PERSONA

Desde la realidad externa vamos avanzando hacia la realidad interior, hacia lo más personal, hacia nuestra subjetividad, nuestras vivencias existenciales de fragilidad, angustia, cansancio, vulnerabilidad. Son oraciones de lo más profundo de nuestro ser.

13. Soledad

Todo hombre está siempre solo: con su «yo» impenetrable, su responsabilidad, su misterio, su amor, su predestinación...

Recordamos la soledad del huérfano y la soledad del anciano, hambrientos de personas queridas.

La soledad del delito, la soledad del sufrimiento, y de la tumba.

La soledad del altiplano, la soledad de la pampa, del corazón de la mina, y la soledad del mar...

Señor Jesús,
enséñanos a vivir nuestra soledad;
todo hombre es un solitario.

Nos pesa la vida,
con esa gravitación constante
hacia lo infinito, insatisfecha por ahora.
Por esto te mendigamos misericordia
para los suicidas y desesperados.

Tú sabes, Señor,
la fascinación que ejerce
sobre nosotros el pecado.
Equivocadamente buscamos en él
el espejismo del absoluto:
realizarnos, saciar nuestro amor
en este abismo de noche.

Te pedimos por la soledad
de los encarcelados;

por los pastores altiplánicos;
por los vigilantes nocturnos.

Jesús de Betania y de Caná,
enséñanos a encontrar y vivir
la amistad y el amor.
Te pedimos por aquellos
que aún no han descubierto estos tesoros.

Que cuando nos sintamos solos,
recordemos la soledad humana
de tu Encarnación y tu agonía.
Te ofrecemos nuestra soledad,
para que sea redentora unida a la tuya,
para que se complete lo que falta a tu
Pasión.

No permitas que nos cerremos
en nuestra soledad;
ábrenos para salir al encuentro
de la soledad de los otros.
Que no se nos eclipse la esperanza
de la comunión eterna Contigo.
Ven, Señor Jesús.

14. Cumpleaños

La vida transcurre, se nos va
de las manos;
y nos hallamos vacíos ante Dios.
Han pasado ya tantos días, tantos años,
y no hemos hecho nada importante,
todavía.

El «haber» está aún por estrenar.

Hasta hoy
¿de qué sirve nuestra vida para los
demás? Pensamos
sin que nada florezca a nuestros pies...

Los días pasan monótonos,
como una gotera inútil...

Jesucristo,
vuelve fecundo nuestro paso por la vida;
no queremos ser turistas
que se lleven de ella solo unas
fotografías...

Hemos gastado
demasiada vitalidad en egoísmo:
Hemos buscado el éxito, la gratitud,
el placer.

Hemos sometido el amor
a la ley de la oferta y la demanda;
lo hemos dado a quién no lo necesitaba;
y en cambio, hay hambrientos de amor...

Señor,
que cada uno de nosotros
esté a merced de todos,
como un racimo de uvas,
desgranado para los demás
desgranado en tus manos

Danos coraje
para lanzarnos a la corriente de la vida,
sin prudencias, sin miedo a la muerte
¡Qué importa adelantar la fecha!

Que por encima de nuestros planes
y nuestro interés,
esté la sangrienta presencia de las
personas. Ninguna urgencia
nos puede cerrar a los demás...

Nos sentimos demasiado cobardes,
demasiado inertes;
nos da miedo alargar la mano para
disipar la niebla.
Pero es egoísmo esperar.

Desde hoy, crea en nosotros
un espíritu nuevo,
y ábrenos las manos y el corazón.

15. Juventud

Ya casi no somos jóvenes;
la vida nos ha madurado; y envejecido.
El abanico de posibilidades se ha ido
cerrando; y ahora,
la vida es un camino prosaico,
entre dos cunetas.

Sentimos la tentación del desengaño,
ante tantos cadáveres de nuestros ideales.
Nos sentimos cansados de luchar;
y quisiéramos ya una vida aburguesada.

Señor, consérvanos en la juventud.
No nos dejes caer en la tentación
de la rutina y el dejarlo correr.

Jesucristo, quisiéramos ser como Tú,
que no conociste la esclerosis
de la edad madura,
y fuiste joven hasta la muerte violenta.

Danos juventud, aunque sea solo
juventud interna, de espíritu.
Hay que ser jóvenes de mentalidad,
y no solo en el vestido.

Consérvanos la imprudencia de la
juventud. La bendita imprudencia que
es capaz de jugarse la vida por un ideal;
capaz de ilusión y de amor.

Que nunca seamos viejos, ni carga
muerta, meros frenos para los demás.

No nos satisface ser solo carteles
indicadores de peligro,
a lo largo del camino.

Libranos, Señor, de ser incomprensivos
con los que nos siguen.
Ellos traen algo nuevo.

No queremos hacerles sufrir
lo que hemos sufrido.

Enséñanos a cederles el paso, a tiempo;
queremos aprovechar su energía,
utilizar su crítica.

No queremos envejecerles,
contagiándoles nuestra vejez prematura.

Enséñanos, Señor, a retirarnos a tiempo.
Sin que nos tengan que bajar a la fuerza

16. Fragilidad

Hemos leído la crónica roja;
y allí estaba la historia de nuestros
pecados posibles: robo, fraude,
corrupción, deslealtad, coima...

Si somos sinceros, nos sentimos
hermanos de todos estos culpables.

También hemos sentido sus tentaciones.
Y tal vez, algunas veces hemos caído,
como ellos...

Señor, tenemos miedo;
nuestra fortaleza es de barro;
somos capaces también
de cometer un disparate.
Nuestros pies ya van por caminos
torcidos...

Danos la mano, Señor,
y no nos sueltes jamás,
aunque te lo exijamos a gritos.
Tenemos miedo,
porque nos fiamos de nosotros mismos.
Hemos edificado la casa sobre arena,
sobre nuestras posibilidades.

Tenemos nuestro prestigio
y nuestra experiencia; nos conocemos.
Decimos que «no es un peligro para
nosotros». Y nos olvidamos de tus
palabras que dicen:

«Y no sabes que eres un desdichado,
un miserable, un indigente,
un ciego y un desnudo».

Haznos caer en la cuenta
de que sin Ti no podemos nada.
Pero no nos lo enseñes a costa del pecado.

Compadécete de nosotros como una
madre, aunque no te pidamos nada.
No sabemos hablarte, pero
nuestra indignancia da voces por sí sola.

Haz, Señor,
que todo en nosotros sea oración;
esta búsqueda, sin fin,
de la felicidad y del amor
es una manera de buscarte a Ti.
Empuja nuestra oración; radicalízala
para que no se estacione a mitad de
camino.

Ya que somos frágiles,
que cada pulsación sea una súplica
del que está en peligro,
un aspavento del que se ahoga.

17. Vida profunda

Fácilmente decimos que te hallamos
en el trasiego de la vida;
pero, en realidad, nuestro interior
está casi siempre vacío,
como un enorme inmueble.

Los gestos cristianos, las frases,
nos salen de la periferia,
con la carga amortiguada.

Nos falta vida interior,
en el silencio o sin él;
pero eso sí, asirte a Ti en lo profundo.
Penetrándonos como un murmullo
de manantial.

Señor,
ahora sentimos nostalgias de oración;
pero esta debería ser nuestra hambre,
cada día, y no solo un fin de semana.

La corriente de los hechos
va dejando un pozo
que soterra nuestra verdadera vida, y
ni siquiera sentimos nuestra indignancia.

Hace falta que te ancles
tan hondamente en nosotros
que seamos siempre islotes
contracorrientes:
testigos inoportunos del Invisible.

Pero, nos falta amor, nos falta
mordiente. Activa tu Presencia para
incendiarlo todo.

Quisiéramos ser una vena profunda,
unidos a Ti, Fuente de Agua Viva
(Jer 17,13), y no sólo charcos que se
evaporan.

Nos sobra activismo.
«Aprovechamos» excesivamente
el tiempo, en vez de gastarlo en
adoración junto a Ti.

Quisiéramos anticipar la eternidad,
y remansarnos contemplando tu rostro.

18. Intimidad

Nos sobrecoge un paisaje,
nos alucina el misterio de la vida
submarina; pero ver un alma...
es cegador.

La intimidad es la transparencia del
amor. Tal vez, es el único lenguaje
plenamente comunicativo.
En la intimidad se roza lo absoluto.

La intimidad permite el diálogo sin
palabras. En ella, se rompe la barrera
entre exterior e interior,
entre tuyo y mío...

Gracias, Señor, por este don
tan frágil de la intimidad.
La intimidad nos alcanza
la comunicación plena, la comunión.
Rompe un poco la epidermis del «yo»,
y podemos convivir.

Bajo el resplandor del «tú»
que se comunica,
se desmorona el egoísmo;
llega la trascendencia,
y comenzamos a verte a Ti, Señor.

Lo que sería trivial si fuese nuestro,
se transfigura y se vuelve apertura
cósmica, cuando Tú nos lo das
en la intimidad humana.

Señor, enséñanos a respetar
la intimidad,
este gran sacramento de tu presencia.
Esta teofanía sencilla y afelpada,
como un musgo, pero capaz
de hacernos reverdecer el alma.

Jesucristo, te agradecemos
que nos hayas hecho hallar

personas tan ricas de intimidad.
Pero, libranos de profanarlas
lo más mínimo.

La intimidad es el último reducto
de la libertad, el núcleo central de la
persona. Por eso, danos comprensión
para intuir el misterio de cada
persona. Para no intentar convertirla
en una fórmula exacta.

Enséñanos a no juzgar a nadie,
al menos con este juicio radical
e inapelable.

Danos una postura delicada
ante las personas queridas.
Las aceptamos totalmente, como son,
con sus virtudes, defectos y misterio.
En ellas respetamos este inmenso
misterio de tu trascendencia.

19. Mediocridad

Nos cuesta aceptar la experiencia
de nuestra limitación:
cuando se nos agota el amor,
cuando no podemos más,
al descubrir nuestro miedo ante
la decisión.

Dudamos de nuestro amor, de nuestra fe.
Nuestra vida es tan gris,
tiene tan pocas apariencias de ilusión...

Y ahora estamos cansados y huecos.
Hemos empezado demasiadas veces,
y siempre ha sido igual.

Ante esta experiencia de nuestra
mediocridad, sentimos lo que somos
ante Dios...

Señor,
nos hallamos ante Ti con las manos
vacías, balbuceándote algo incoherente.

Miramos nuestra vida,
y es solo un arsenal de palabras,
de tiempo quemado en vano.
El egoísmo lo ha manchado todo;
la atmósfera está asfixiante de omisión.

Pero, Tú no nos dejes esquivar
nuestras responsabilidades.
Llévanos a la lucha a empujones,
aunque no queramos;
Tú sabes que la carne es débil.

Pero no nos rebelamos al sentirnos vacíos;
abrimos este hueco para recibirte a Ti.
Nuestra flaqueza que nos haga
comprensivos con la debilidad de todos.

¿Cómo vamos a transformar el mundo
con fuerzas tan exiguas? Señor,
échanos Tú la bendición.

20. Misterio de la persona

La monotonía externa de las personas
nos engaña;
no sabemos cuánta bondad se consume
debajo de las cenizas.
Cada persona lleva sus heridas,
su sensibilidad inexpressada,
el vértigo de su soledad.

Hay lágrimas detrás de muchos ojos
al parecer risueños.

Aún la persona más vulgar o despreciable
encierra su misterio;
si lo descubriésemos la llegaríamos
a amar.

Vemos a estas personas
que pasan a nuestro lado, por la calle,
¿qué sentimientos se esconden
detrás de su maquillaje o su urbanidad?
Entre ellos está el héroe,
el suicida, el traidor;
pero ¡quién lo iba a pensar!
Cuando lo sepamos será ya demasiado
tarde...

Has dejado, Señor, una huella infinita
en nosotros; danos una actitud religiosa
ante el misterio de las personas.

Haznos delicados para no profanar
el misterio humano.

No queremos encerrar la persona
en un concepto o en una fórmula.
Enséñanos a desconfiar de nuestra
primera impresión,
recordando que la realidad es más
grande que nuestra inteligencia.

Danos un amor que nos permita
acercarnos sin tristeza,
a la barrera infranqueable del «tú»
del prójimo.
Ayúdanos a superar el conocimiento
y la posesión (que es egoísmo),
para llegar a la comprensión
y la entrega (que es amor).

Haznos el milagro, Señor,
de que el egoísmo no se nos disfrace
de amor.
Y danos la alegría del amor verdadero
que se apoya en la fe a la persona.

Quisiéramos saber darnos en la
oscuridad, creyendo que Tú tienes
mil manos humanas extendidas,
pidiendo amor.
Que demos aún sin ver los ojos
del que recibe,
aún sin sentir el calor de su mano.

Danos la sobriedad de contentarnos
con las migajas de intimidad
que cada uno quisiera ofrecernos.
Y enséñanos a darnos
antes de que nos lo pidan.

21. Vacío

Al atardecer de un día de fiesta,
sentimos un vacío terrible,
el asco de nuestra finitud y vulgaridad.

Hemos apurado la fruta hasta el hueso,
y ahora estamos tristes.
Nos hemos cansado de disimular que,
en lo profundo, queremos algo más,
algo más íntimo.

La felicidad es como la niebla,
que apenas la tocamos se desvanece...

Cuando algo se acaba,
sentimos su ausencia,
sobre todo si era alegría o felicidad.
Señor trascendente,
te damos gracias por este vacío;
gracias, porque nuestro ser no puede
saciarse con ninguna alegría terrena.
El placer es solo un aperitivo
dado a un hambriento,
exacerba un hambre que nada podrá
saciar.

Gracias, porque nos diste
una vasija tan grande
que solo se puede colmar
con tu presencia.

Al atardecer nos dices
que los bienes terrenos tienen
solamente la finalidad
de mantener nuestro espíritu atento
para las cosas que no pueden morir.

Déjanos siempre abierta
esta herida metafísica;
tú nos hablas en el desengaño.
Este vacío ¡cómo se parece a tu
presencia!
Nos dice que el espíritu
no puede hallar su dios en la materia.
Nos has hecho para ser comensales
de tu intimidad.

Pero, no queremos ser misticoides
amargados, eunucos de la vida.
Amamos la tierra y sus valores;
su cuerpo transparente
nos lleva a la trascendencia.

Creemos en la amistad, el sufrimiento,
la belleza, la persona...

Señor de la alegría,
te agradecemos esta tristeza existencial
que nos libra de la seducción
de lo caduco, y nos deja seguir
buscando la felicidad...

22. Crisis

La vida es una serie de crisis:
de crecimiento, de acomodación
y de ruptura.

Por esto nos agobia, a veces,
la angustia ante el dolor,
la muerte y la soledad.

Sufrimos la injusticia,
y nuestros buenos deseos
son estériles como el riachuelo
tragado por el desierto.

Y entonces, aun el cielo
parece de plomo,
donde rebota nuestra oración...

Señor de la noche y el vacío,
quisiéramos saber mullirnos
en tu regazo impalpable,
confiadamente, con seguridad de niños.

La angustia nos persigue
como un rumor sordo,
como el pulso de la propia existencia.
Esforzándonos mucho,
llegamos a disimular y sonreír.
Pero la vida se ha hecho insoportable.

¿Por qué te alejas, Señor,
y nos abandonas
en las horas de angustia?
¿Por qué nos cargas la mano?
¿Quieres doblegarnos ante Ti?

Aquí nos tienes, con el alma cansada,
tendida la mano como mendigos.

¿A dónde nos llevas
por estos caminos de absurdo?
Movemos los pies
sobre un desierto sin horizonte.

Vivifica la palabra
que nos has enseñado:
«Aunque camine por un valle tenebroso
no temeré, porque Tú estás conmigo».
Robustece nuestra fe,
aunque siga siendo oscura.

Sabemos que trabajas sobre nuestro ser,
aunque dejes huérfana la sensibilidad.
Sabemos que jamás nos tientas
por encima de nuestras fuerzas,
ya que nos amas;
pero tu amor
nos parece incomprensiblemente enjuto.

A pesar de todo, aunque nos mates,
no queremos dejar de confiar en Ti.

23. Impotencia

¡Qué impotente es nuestro amor,
aunque sea lo más fuerte que poseemos!

En vano nos esforzamos
por salvar la vida de una persona
querida; inútilmente intentamos
comprender una intimidad;
daríamos nuestra vida
por suprimir la injusticia
que impera en el mundo.
Pero no podemos.

Es desesperante tener solo palabras
para el dolor de los demás;
preferimos el silencio;
y el silencio es todo lo que tenemos
ante una persona que se juega la vida.

Tenemos que dejar a las personas
que sufran solas;
hay que quedarse fuera;
porque no podemos
arrancarles un girón de dolor,
y soportarlo por ellos.

Jesucristo, nos da asco nuestro amor.
Parece solo un sentimiento inútil,
la resonancia de nuestro egoísmo.

Haz algo, Señor,
solo tu Amor es omnipotencia.
Injerta tu energía en nuestro amor; y
transforma en creación
nuestra impotente sensibilidad.

Y aunque pudiéramos,
aunqueuviésemos un amor de acero,
¿cómo lo aplicaríamos?

Cuántas veces nuestro amor
ha devastado a las personas
que queríamos.

Hemos mimado a un hijo,
y hemos hecho de él un parásito social.

Estamos en la noche,
y nuestro amor impotente es peligroso.
Nos da miedo este amor que arranca
los ojos, cuando solo quería besar.

Señor, da clarividencia a nuestro
amor. Nosotros amamos a ciegas,
y muchas veces
quebramos a los seres que queremos.

Da fuerza a nuestro amor, para que
no se quede en placer y sentimiento,
sino que sea tan fuerte
que pueda levantar los montes.

24. Futuro

Se nos hace duro vivir a sorbos,
desmenuzados por la temporalidad.
El tiempo es un tesoro de moneditas,
pero jamás las poseemos juntas.

No poseemos ni siquiera nuestra vida;
a lo más un solo instante, mientras
atravesamos la maroma del presente.

Tenemos miedo al futuro incierto
(nuestro, de la Patria), lleno de niebla.

El futuro parece una garganta
monstruosa que nos va tragando
la vida...

Señor de la eternidad,
sabemos que nuestro tiempo
se remansa en tu presencia;
creemos que no se pierde
ni un solo instante de dolor o de espera;
de alegría o cansancio.
Si se perdiera, nosotros mismos

nos evaporaríamos con los instantes
que pasan.

Tenemos miedo al futuro,
porque es negro y está sin estrenar,
y siempre va erizado de interrogantes.
Todo lo que tenemos son cosas
pasadas, y el futuro con su novedad
nos amedrenta.

Pero cabalgamos con Dios hacia la
grupa. Dios invisible, danos fe en tu
presencia.

Porque el futuro nos espera
con su explosión de misterio.
Nos parece andar de espaldas
por el camino de la existencia.

Solo el amor nos puede sacar
de esta servidumbre del tiempo:
el amor que integra todo lo disperso;
el amor que vuelve clarividente
el futuro.

Jesucristo, danos tu amor,
que borra los límites,
y nos injerta en el presente
diáfano de la eternidad.

Señor, te brindamos el futuro,
como los gladiadores en la arena.
Al ofrecerte nuestro futuro desconocido,
lo sacrificamos todo,
y no confiamos plenamente.
Te consagramos todas nuestras
posibilidades,
todos los dolores, todo nuestro ser
para que el futuro lo convierta en amor.

III. ABIERTOS AL MISTERIO DE DIOS

Lentamente nos vamos abriendo a un Misterio que nos trasciende, más allá de nosotros y de toda la creación, un Misterio que se nos ha revelado y acercado en Jesús y que a través de su Espíritu guía la Iglesia y el mundo.

25. ¿Y Dios...?

A veces, el mundo nos parece vacío,
sin Dios.

Hay injusticias, y Dios calla.
Ha dejado el mundo
tan en nuestras manos,
que tenemos la posibilidad
de destruirlo:
y aún de crucificar a Dios.

A lo más, imaginarnos un Dios lejano,
más allá de las nubes, como una galaxia.
Por esto, en la soledad
nos tienta tanto el tibio contacto
humano...

Señor del misterio,
danos a sentir tu presencia
en el corazón de la vida;
queremos hallarte
en lo profundo de lo cotidiano.

Estás tan cerca
que es un error
salir en tu búsqueda, lejos.
Estás presente entre nosotros,
en cada uno;
te revelas en todo esto que fascina
o hiere.

Tú estás presente en nuestra intimidad
hecha diálogo,
cuando se enciende
el iris del amor interpersonal.

Sabemos que el pecado
es solo una adoración
atajada a mitad de camino.

Ven, Señor Jesús.
Pero, en realidad, ya has venido;
ya estás viniendo.

Ya ha empezado la eternidad.
Ahora solo nos falta ver.

Entre tanto, con los ojos abiertos,
te buscaremos en todos los rostros
humanos.

Sabemos que te estás revelando siempre,
en cada sonrisa, en cada problema.

Ábrenos, Señor, el oído,
como una antena expectante,
para escuchar tu latido,
repetido en cada ser humano.

Que no te busquemos solamente
en el templo, sino en la comunión
de la góndola y de la acera.
Que no te miremos solamente
en el crucifijo, sino en la crucifixión
del suburbio y del penal.
Presente en nuestros hermanos,
sobre todo en los más pobres
y oprimidos,
que sepamos encontrarte a Ti, Señor.

26. Silencio de Dios

El mundo casi es coherente sin Dios.
Y Dios permanece en silencio,
y no se defiende cuando le insultan,
ni suelta sus rayos cuando le niegan.

Todo está en silencio;
pero es un mutismo hostil.
Y si queremos orar,
nuestra oración es sin diálogo;
es el alarido del viento
en una casa en ruinas.

Pero Dios escucha nuestra angustia,
aunque parezca estar lejos...

Señor del silencio, te ofrecemos
la soledad; nuestra soledad absoluta,
pues aún Tú estás ausente.

No tenemos nada más íntimo ni más
nuestro. Te ofrecemos nuestra finitud,
las raíces de nuestro ser;
te ofrecemos la angustia de ser hombres.

No nos dejes aceptar la desesperación,
aunque el interior
se nos endurezca como la piedra,
y sintamos el hálito de la reprobación.

Señor que te cuidas de los lirios del
campo y de los cuervos,
¿por qué parece que te preocupes tan
poco por los que sufren?

No nos dejes perder la confianza;
no nos dejes caer en la morbosidad
de la ruptura estridente,
para cebarnos en la fosforescencia
de la muerte.

Nuestra vida
nos parece carente de sentido;
como la tuya sobre la cruz.
Pero Tú lo habrás llenado de dones
para los demás.

Si pudiésemos saber a dónde
nos llevas...

A pesar de la noche,
haz que nunca digamos «Basta»,
aunque no podamos más;
porque Tú empiezas a actuar
precisamente en nuestra derrota.

A veces tu mano no parece amiga.
Pero aceptamos que nos trates así.
Lo aceptamos todo, aunque sin
sentirlo. Solo esta aceptación total
nos puede librar de la desesperación.
Aceptando, expresamos un supremo
conato de amor y de fe.

27. Dios en la vida

Antiguamente
los anacoretas buscaban a Dios
en el desierto,
o en la soledad de las ruinas.
Hoy día
los hombres no tenemos tiempo
ni humor para esto.

Pero Dios no solo sale al encuentro
de los solitarios,
sino de los ocupados.
El trabajo de la vida
y en bien de los demás
no puede ser un obstáculo
para acercarse a Dios.

En nuestras calles ruidosas,
y entre el tumulto de los carros
y los peatones,
también está Dios,
en mil rostros humanos
que nos miran...

Dios eterno, te damos gracias
porque te podemos hallar en el mundo,
y no ya sobre las nubes.
Te podemos amar y adorar
en estas personas que nos rodean.

Sabemos que ni siquiera
hay que ir a una iglesia para hallarte.

Queremos escuchar tu llamada
por la calle, en cartel luminoso,
en el cine, en esta reunión de amigos.

Enséñanos a orar,
no solo con la Biblia en la mano,
sino también leyendo el periódico;
en él hallamos la historia de tu pueblo
y de tus miembros,
tu dolor, tu encarnación que continúa.

Jesucristo,
líbranos del culto a las fórmulas;
que comprendamos que lo esencial
es encontrarte,
y que los medios son lo de menos.
No queremos unas estructuras
que satisfagan nuestra rutina,
y ya no nos lleven a Ti,
Dios de la intimidad
y del amor sin palabras.

El mundo está lejos de Ti,
¿no será que te han presentado
como un Bautista hirsuto?
Cuántas veces se ha empujado
a las multitudes hacia el desierto,
como si Tú solo fueses accesible allá.

Enséñanos a hallarte en las personas.
Tú nos has dicho
que lo que hacemos a los demás
lo hacemos a Ti.
Lo hemos olvidado;
y ahora, parece que las personas nos
estorban para llegar hasta Ti.
Como cátaros te buscamos
en soberbia soledad.
Ábrenos los ojos para irte encontrando
en cada rostro, para comulgarte cada
vez que estrechamos una mano o
sonreímos.

28. Cerrazón ante Dios

Jesucristo,
haznos más sensibles a tu llamada,
más permeables a la gracia;
sería terrible estar cerrados a Ti.

Pero
¿podemos permanecer cerrados?
Tú eres más íntimo
que nuestra intimidad.

Toda nuestra vida está empapada
de gracia, en la misma medida
en que está llena de mezquindad.

Sería soberbia
creernos excesivamente malos,
excesivamente hostiles.
Toda esta constelación de cosas buenas
que hay en nosotros
¿no es acaso tu presencia?
No es «nuestra» bondad.

Somos vulgares y raquíticos;
esto es lo que tenemos de los hijos
pródigos (Lc 15,11-31);
pero aceptamos ser así,
tan harapientos.

Tu fuerza triunfará en nuestra flojera
(2Cor 12,9).

Y ahora, ábrenos al amor;
nuestro amor, aunque sea manchado,
es tu epifanía en nosotros.
Quien ama no puede estar lejos de Ti,
Dios-Amor;
y nosotros tenemos,
al menos, deseos de amar.

Nos sentimos cerrados ante Ti
porque vivimos en fe;
pero creemos
que eres más potente para abrir,
que nosotros para cerrar.
Tú mismo nos dices
que eres mayor que nuestro corazón
(1Jn 3,20).

Sentirnos condenados
es ya una gran abertura ante Ti.
Lo contrario, confiar en nuestra bondad,
sería negar la Gracia
y volver al fariseísmo de la Ley
(Rom 3,20).

29. Cansados de ser cristianos

Dudamos de nuestro amor, de nuestra fe.
Nuestra vida es tan gris,
tiene tan pocas apariencias de amor...

Y ahora, estamos cansados, huecos.
Este vacío
¿puede ser, acaso, tu Presencia infinita?

Creemos que el cansancio es más
auténtico que todo sentimentalismo
amoroso hacia Ti.
Llevamos encima los sufrimientos
y los problemas de todos.
Todos tienen derecho
a exigirnos consuelo.

Pero de nuevo, Señor,
vuelve la rutina y el egoísmo mezquino
y nos atrae cualquier comodidad;
y empezamos a hacer un nido
al lado de cada rescoldo.

Estos tirones del amor humano,
son un aperitivo para el amor a Ti.
Que no perdamos el resuello
a mitad de camino,
que te amemos en cada persona,
aunque estamos cansados de tanta
ascensión.

Ahora, te ofrecemos este cansancio
por aquellos que están más cansados
que nosotros, porque no tienen ni fe.
Te ofrecemos este vacío
por los que tienen la última ilusión
ya podrida.

En este momento, en cada momento,
alguien muere,
alguien blasfema,
una inocencia es atropellada,
una persona se suicida...

Y nosotros estamos pasivos,
sobre las ruinas del mundo,
preocupados por un botón.

30. Empezar a ser cristianos

Somos cristianos por rutina,
porque lo fueron nuestros padres;
porque no nos hemos tomado
la molestia de dejar de serlo.

El cristianismo nos parece algo
tradicional, un elemento cultural
que hay que conservar,
como una antigüedad.
Por esto nos molestan los cambios,
porque hacen pensar.

A veces,
no poseemos el espíritu de Cristo,
sino solo las costumbres externas;
y en nombre del cristianismo
somos intolerantes e injustos.

Jesucristo,
nos gustaría ser cristianos de verdad;
descubrirte por primera vez,
después de tantos años
que al parecer te seguimos.

Sabemos que el Evangelio es hiriente,
pero nos lo hemos acomodado;
hemos hecho de él
un texto de conformismo y vulgaridad.
Nos sirve para defender la propiedad
y nuestros privilegios.

Pero esto nos empieza a parecer
incorrecto.
Danos unos ojos nuevos para verte,
sin astigmatismos, tal como eres.
Danos un corazón nuevo
para amarte plenamente,

con tu inquietud, tu pobreza,
tus ideas amenazantes.

Danos el convencimiento
de que no te conocemos
mientras nos parezcas lógico,
mientras sea fácil seguirte.

Envíanos tu Espíritu,
para que nos dé
el sentido cristiano de tu mensaje;
que nos turbe la paz de la rutina,
con una embriaguez de Pentecostés.

Enséñanos a leer el Evangelio
de un modo vital,
que sea la norma de nuestra vida práctica,
y no solo un arsenal de teoría.

Otórganos, Señor,
la sinceridad
de descubrir la inconsecuencia
de nuestro cristianismo:
de predicar el amor
y quedarnos dormidos.
Si no queremos vivir como cristianos,
que al menos tengamos la sinceridad
de dejar de llevar tu nombre.

31. Cristo total

No puede existir
una religión individualista,
ni una moral individual.

Como cristianos
creemos que no estamos solos.
Somos solidarios con Jesucristo
y con los hombres.
Somos células del Cuerpo de Cristo;
todos juntos y Cristo formamos un
solo organismo:
el Cristo Total.

Jesucristo, nos dirigimos a Ti,
no como a un lejano horizonte.
Tú estás cerca,
eres el alma de nuestra alma,
la intimidad de nuestra intimidad.

Siempre estamos contigo,
porque somos carne de tu carne;
somos tu cuerpo.
Por esto no podemos hablar de soledad.
No existe la soledad para nuestra fe:
es solo tu silencio.
Somos siempre un gran organismo
viviente que irradia de Ti.

Nuestra vida debería ser asfixiante
de presencia de los hombres.

Todo lo que sucede en el mundo,
sucede dentro de nuestro
Cuerpo de Cristo.
Cada acto repercute en todos y cada uno.

Nuestra pequeña tarea,
nuestro esfuerzo minúsculo,
tiene una potencia infinita
porque es una gota
en el caudal que empuja la turbina.

Por esto el mundo es sagrado:
la calle está llena de Cristo.
Reverentemente hay que recoger
todas las migajas de hombre,
porque allí estás Tú, Jesucristo.

Si supiésemos ver, todo sería un éxtasis.
Te amaríamos también
en estos miembros magullados
de tu eterna crucifixión.

Gracias, Señor,
porque aún nuestra tarea profana
es un gesto tuyo.
Para hallarte no hay que retirarse

en el egoísmo;
por el contrario,
hay que sumergirse más en las cosas,
hasta lo más profundo:
exprimir las hasta que gotee tu presencia.

32. Cristo glorioso

Hay cristianos
que toman reacciones histéricas,
como si el mundo hubiese escapado
de las manos de Dios.

Por esto actúan violentamente,
como si lo arriesgasen todo.
Pero creemos en la historia;
el mundo no es un azar que va hacia
el caos.
No tenemos nada nuevo,
porque todo lo nuevo
ha empezado ya a suceder
cuando Cristo ha resucitado...

Jesucristo,
nos alegramos de tu triunfo definitivo;
de que la historia no sea más
que un devenir hacia tu triunfo fatal.

Con nuestros cuerpos aún en la brecha,
y con el alma rota,
te gritamos un primer «¡Hurra!»
hasta que se desencadene la eternidad.

Tu dolor ya pasó;
tus enemigos han fracasado
antes de nacer.
Tú eres el Rey de la sonrisa definitiva.

¡Qué nos importa la espera!
Aceptamos con ilusión
la lucha y la muerte;
porque Tú, nuestro Amor, no mueres.

Marchamos detrás de Ti,
por una calzada de eternidad.
Tú estás con nosotros
y eres nuestra inmortalidad.

Señor triunfador de los siglos,
quita todo rictus de tristeza
de nuestros rostros.
No estamos embarcados en un azar;
la última palabra ya es tuya.

Más allá del crujir de nuestros huesos,
ya ha empezado el «Aleluya» eterno.
Que las mil gargantas de nuestras heridas
se sumen ya a tu salmodia triunfal.

Y enséñanos a vocear tu optimismo
por todo el mundo.
Porque Tú enjugarás las lágrimas
de los ojos de todos,
y para siempre,
y la muerte desaparecerá...

33. Madre de Cristo

Estamos solos frente a la vida,
frente a este amor
que cada uno ansía frenéticamente.
Solos, en la elección,
en la responsabilidad incompatible.

Cada uno debe vivir su vida inédita,
y su muerte absolutamente personal.

El mundo se ha hecho cada vez más
grande, sin crecer nosotros
en la misma proporción.

Nos hemos jactado de ser adultos;
como si ya no necesitásemos de la
Madre de Cristo;
como si a fuerza de edad y madurez
pudiésemos dejar de ser sus hijos...

Señora, queremos hablarte
con una sinceridad total.
Hemos hecho mal
al querer emanciparnos.
Ahora, nos sentimos solos,
abatidos por ráfagas de limitación
y rutina.

Estamos en descampado,
buscando un horizonte feliz,
con ojos inexpertos.

Gritamos y nos reafirmamos
entre los amigos;
pero, en el hondo,
permanecemos solos.

La libertad pesa más que nosotros,
y nos angustia el futuro,
y la responsabilidad nos rebasa.
Ahora, en el desamparo
hemos hallado un sitio para Ti.
Hemos ido lo bastante lejos
para tener nostalgia de la Madre.

Madre,
quítanos la anestesia de la
superficialidad,
para sentirnos rotos y en carne viva.
Que aflora a la piel toda la angustia
reprimida,
para lanzarnos ávidamente hacia Ti.

Que más allá de todo ruido,
oigamos el grito del espíritu;
que por encima de la batería y el
claxon, nos lleguen los alaridos del
mundo que sufre.
Queremos sentirnos desamparados,
y hermanos de los encarcelados,
suicidas y mendigos,
para ser salvados por tu Hijo
que vino a salvar a los oprimidos.

34. La Iglesia del Concilio

Señor, te damos gracias
por vivir en la Iglesia de hoy,
porque te hemos visto actuar en ella
de un modo milagroso.
En dos años tu Iglesia
se ha rejuvenecido varios siglos.

Sentimos la responsabilidad
de esta hora.
Que no convirtamos en rutina
esta espera.
Quisiéramos acumular entusiasmo;
quisiéramos sentirnos cargados de Ti,
hasta la alta tensión.

Es inútil buscar al Dios viviente
entre los muertos (Lc 24,5).
Queremos ir más allá del legalismo
y de las prácticas manoseadas;
para vocear que Tú eres la Vida
(Jn 14,6).

El mundo sufre; hay hambre y guerra;
se busca la solución de todo
en el placer y la técnica.
¿Y nosotros?
¿Dónde hemos metido tu Palabra?
No hemos saltado a las plazas del
mundo (Mt 10,27),
y ahora eres un Dios ausente.

35. Accidente

Tenía prisa; era urgente,
y se sentía imprescindible...

Ahora, está tendido sobre el asfalto,
inerte, entre las llantas.

Le van a dedicar media columna en el
periódico;

el llanto se evaporará;
y todo seguirá igual, sin su presencia...

Señor, vamos a ciegas por la vida;
ni la escogimos antes de entrar en ella;
ni sabemos el día en que la vamos a dejar.

Mientras tenemos tiempo,
manoteamos, nos movemos frenéticos
para construir algo que dé sentido
a nuestra existencia y a nuestro dolor.

Detrás nuestro,
la juventud empuja para desplazarnos.
Y este mundo es cada vez menos nuestro;
ya antes de morir lo hemos legado a
los demás.

Y un día inesperado, que no sabemos,
los otros nos juzgarán,
como una obra teatral después de que
se ha caído el telón.

Y tú, Señor, nos juzgarás.
Y todo lo que amasamos con sudor
y trabajo ¿quién lo apreciará?

Señor, nos invade una llovizna
de humildad:
No somos el eje de la vida,
como nos mentía el egoísmo;
y todo seguirá igual cuando marchemos.

Estamos indefensos ante Ti,
como un cuerpo abierto sobre
el quirófano.

La vida es mayor que nosotros,
y tus caminos van mucho más lejos
que nuestras miradas.

Nos sentimos a tu merced, Señor,
estamos en tus manos; porque Tú
intervienes para dar sentido al trato
incoherente de nuestra vida...

IV. UN NUEVO SENTIDO DE LA VIDA

La fe ilumina nuestra vida con una nueva luz, un nuevo horizonte y un nuevo sentido. Nos humaniza plenamente y nos abre a dimensiones antes insospechadas: gastar la vida por los demás.

36. No ahorrarnos

Pasan los años,
y al mirar hacia atrás
vemos que nuestra vida ha sido estéril.

No hemos pasado haciendo el bien;
no hemos mejorado el mundo que nos
legaron. No vamos a dejar huella.

Hemos sido prudentes,
y nos hemos cuidado;
pero ¿para qué?

Nuestro único ideal no puede ser:
llegar a viejos...

Señor, nos da miedo pasar por la vida
sin dejar huella.
Pasar, dejando solo una estela de humo,
como un reactor.

Estamos ahorrando la vida,
por egoísmo, por cobardía.
Sería terrible malgastar
este tesoro de amor que nos has dado.

Señor, refuérganos el amor.
Danos un cariño explosivo,
que no se gaste en sensibilidad,
sino en acción.
Nos dan miedo los planes, las frases.
Porque se quedan en palabras.

Y a nuestro alrededor,
sigue el frío y la noche.
Desmigájanos en amor.
Queremos un amor terrible,
divino y omnipotente,
que nos desentrañe.
Te queremos a Ti,
Jesucristo revolucionario,
más violento para Contigo
que para con los demás.

Estamos llenos de egoísmo,
quemamos nuestro ser.

Quisiéramos cumplir tu Testamento,
tu mandamiento único:

«Ámense los unos a los otros
como Yo les he amado».

Quisiéramos ser cristianos de veras;
moldeadores de un mundo nuevo;
preparando ya, desde ahora,
el cielo nuevo y la nueva tierra
que Tú nos has anunciado.

Pasan los años,
y se nos va la virulencia juvenil.
Tememos que se nos vaya la inquietud,
que se nos evapore este poquito de amor.
Tememos acostumbrarnos a ver el
mundo injusto,
como una cosa normal.

Jesucristo,
no queremos agotarnos solo en palabras,
inútilmente.

37. Gastar la vida

Jesucristo ha dicho:

«Quien quiera economizar su vida,
la perderá; y quien la gaste por Mí,
la recobrará en la vida eterna».

Pero a nosotros nos da miedo
gastar la vida, entregarla sin reservas.
Un terrible instinto de conservación
nos lleva hacia el egoísmo,
y nos atenaza cuando
queremos jugarnos la vida.

Tenemos seguros por todas partes,
para evitar los riesgos.
Y sobre todo está la cobardía...

Señor Jesucristo,
nos da miedo gastar la vida.
Pero la vida Tú nos la has dado para
gastarla; no se la puede economizar
en estéril egoísmo.

Gastar la vida es trabajar por los demás,
aunque no paguen;
hacer un favor al que no va a devolver;
gastar la vida es lanzarse aún al
fracaso, si hace falta,
sin falsas prudencias;
es quemar las naves en bien del prójimo.

Somos antorchas
que solo tenemos sentido cuando
nos quemamos; solamente entonces
seremos luz.

Líbranos de la prudencia cobarde,
la que nos hace evitar el sacrificio,
y buscar la seguridad.

Gastar la vida
no se hace con gestos ampulosos,
y falsa teatralidad.
La vida se da sencillamente,
sin publicidad,
como el agua de la vertiente,
como la madre da el pecho al niño,
como el sudor humilde del sembrador.

Entrénanos, Señor,
a lanzarnos a lo imposible,
porque detrás de lo imposible
está tu gracia y tu presencia;
no podemos caer en el vacío.

El futuro es un enigma,
nuestro camino se interna en la niebla;
pero queremos seguir dándonos,
porque Tú estás esperando en la noche,
con mil ojos llenos de lágrimas.

38. Amor y amistad

Amar es la palabra más usada,
y la más incomprendida.

Dos enamorados con la mano
en la mano;
la mamá con su *wawa* en la espalda;
dos ancianos tomando el sol en silencio:
esto es amar.

Amar: esta afinidad interpersonal,
cuando el secreto del «tú»
se sale por los ojos; este despliegue
metafísico hacia la entrega;
esta superación del dónde,
cuándo y qué...
Todo esto es amor; pero hay más...

Señor, te damos gracias
porque has inventado el amor.
Porque nos has hecho tan semejantes
a Ti que hasta podemos amar.
Gracias, por ser algo más que instinto;
gracias, por el misterio del amor.

Gracias por estas amistades concretas.
Gracias, por esta persona querida,
más íntima que nosotros mismos,
porque sin ella no tendríamos
interioridad.

Gracias, Señor, porque te has revelado
tangiblemente, avasalladoramente,
en el sacramento de la persona amada.

Gracias, porque así
nos has suavizado la existencia;
porque amando has dado sentido
a nuestro dolor y a nuestra espera.
Una persona que ama sinceramente,
ya está amortizada.
Ha librado más energía
que todas las fisiones atómicas; puede
transformar el mundo.

Gracias, Señor, porque un acto de
amor no es algo que pasa;
es un monolito para la eternidad;
es un chispazo definitivo
en el corazón de Dios.

Tenemos miedo
que nos falte tiempo para amar;
que nos malgastemos en el egoísmo.
En el mundo hay millones de personas
que mueren de hambre;
pero no hay estadísticas
para los famélicos de amor.
¿Qué hacemos con el corazón
cerrado como una caja fuerte?

Jesucristo, enséñanos a amar
totalmente,
hasta la última consecuencia;
y no dejes que se envejezca
nuestro corazón.

39. Niños abandonados

Ahora, nos acordamos
de los niños destrozados,
víctimas inocentes
del pecado de los mayores.

Ante todo, están los niños
escamoteados a la vida,
asesinados prematuramente,
por ser testigos inoportunos
de unos amores que no fueron amor.

Pensamos en la noche de los niños sin
hogar, lanzados a un mundo hostil e
inmisericorde.

Los niños que buscan en los basurales;
los que no tienen escuela;
los que no han conocido la sonrisa
de una madre...

Señor que has querido hacerte niño
e hijo de los hombres,
te pedimos por los niños destrozados;
los hijos de hogares anormales;
los hijos del hambre y de la guerra.

Acuérdate de los huérfanos,
anémicos de cariño,
aun más que por falta de pan.
Bendice a los pequeños tolerados,
aquellos que no han sido esperados
con ilusión.

Señor,
te pedimos por los niños sin infancia,
criados en la tristeza y en la sordidez.
Nos horroriza el recuerdo
de estos niños famélicos,
de vientre abultado
y miembros como cañas.
A ellos les falta un alimento
y un cariño
que les sobra a tantos perros
en hogares que se creen cristianos.

Te pedimos por los niños
de los orfanatos, preventorios y asilos;
por todos los que viven
en estas granjas de niños.

No permitas, Señor,
que aumente el número de niños
partidos por el divorcio de sus padres,
y los nacidos en un hogar anormal.

Acuérdate de estos niños
de las zonas campesinas que mueren
por falta de asistencia médica;
danos la inquietud de construir para
ellos una sociedad más justa,
un mundo en el que sobrevivir
no sea solo un azar.

40. Los que sufren

La noche es siempre más opaca
para los que sufren.

Todos los hombres son hermanos
nuestros, y no podemos olvidarlos tanto
hasta ni siquiera padecer por ellos.

La experiencia del dolor y su recuerdo
dulcifica nuestra postura ante los demás.
Y en el mundo hay mucho dolor,
aunque de ordinario sea vergonzoso,
y se lo oculte...

Te pedimos, Señor,
por los hombres frustrados,
por los abortos de la sociedad
que viven en las cárceles y asilos.
Danos comprensión hacia ellos;
su estado no indica
que sean peores que nosotros.
También ellos poseen
esta maravilla inaudita
de ser personas y poder amar.

Que no sean una pasión inútil,
que hallen también un puesto en la vida
y en tu eternidad.
Consérvalos la libertad
y la alegría interior,
el reducto inexpugnable de la persona.
También te pedimos por tus pobres,
a los que Tú llamaste felices.
Da la verdadera felicidad
a los que, como Tú, no tienen casa,
no tienen pan, han de emigrar.

Que nos repugne ser comensales
satisfechos, cuando tantos no tienen
más que migajas.
Que trabajemos para cambiar
este mundo injusto,
que no refleje tu bondad.

Te pedimos
por los que han equivocado el camino,
y buscan la felicidad en el placer
y en el absurdo;
llámales con la voz del desengaño,
pero líbrales de la desesperación.

También te pedimos
por los naufragos de la vida.
Por las muchachas que han hecho
de la venta de su cuerpo una profesión.
Recupera, Señor,
estas tus imágenes dolientes,
y redímelas con un amor verdadero.

Y a nosotros, Señor,
haznos agradecidos
por los que nos has dado de balde,
para que lo convirtamos en amor.

41. No acostumbrarse

Tenemos el vicio
de acostumbrarnos a todo.
Ya no nos indignan las villas miseria;
ni la esclavitud de los siringueros;
no es noticia el «apartheid»,
ni los millones de muertos de hambre,
cada año.

Nos acostumbramos,
limamos las aristas de la realidad,
para que no nos hiera,
y la tragamos tranquilamente.

Nos desintegramos.
No es solo el tiempo el que se nos va,
es la misma cualidad de las cosas
la que se herrumbra.
Lo más explosivo se hace rutina
y conformismo;
la contradicción de la cruz
es ya solo el adorno

sobre escote mundano,
o la guerrera de un Hitler.

Señor tenemos la costumbre
de acostumbrarnos a todo;
aún lo más hiriente se nos oxida.

Quisiéramos ver siempre las cosas
por primera vez; quisiéramos
una sensibilidad no cauterizada,
para maravillarnos y sublevarnos.

Haznos superar la enfermedad
del tradicionalismo,
es decir, la manía de embutir lo nuevo
en paradigmas viejos.
Líbranos del miedo a lo desconocido.

El mundo no puede ir adelante,
a pesar de tus hijos;
sino gracias a ellos.
Empujemos.

Jesucristo,
danos una espiritualidad de iniciativa,
de riesgo, que necesite revisión
y neologismos.

No queremos ver las cosas
solo desde dentro;
necesitamos tener algún amigo hereje
o comunista.
Para ser disconforme como Tú,
que fuiste crucificado por los
conservadores del orden y la rutina.

Enséñanos a recordar que Tú,
Jesucristo, siempre has roto
las coordenadas de lo previsible.

Y sobre todo,
que no nos acostumbremos a ver
injusticias, sin que se nos encienda
la ira, y la actuación.

42. Prudencia

Hay un límite imperceptible
entre prudencia y cobardía.

Llamamos prudencia a la seguridad
y a la flojera.

Llamamos prudencia al no
comprometerse,
al no arriesgar nada personal.

Creemos que con la edad aumenta
la prudencia; sin pensar que también
aumenta el conformismo.

Todos nos hablan de prudencia, Señor;
pero de una prudencia que no es tuya
que en vano buscamos en tu Evangelio.

Jesucristo, te damos gracias
porque tú no fuiste prudente,
ni diplomático; porque no callaste
para escapar de la cruz,
porque fustigaste a los poderosos
sabiendo que te jugabas la vida.

Los que te mataron,
estos fueron los prudentes.

No nos dejes ser tan prudentes
que queremos contentar a todos.
«Tu palabra» es hiriente como espada
de dos filos.

Además de las bienaventuranzas,
también pronunciaste las maldiciones;
es un texto subversivo.

No queremos una prudencia que nos
lleve a la omisión,
y nos haga imposible la cárcel.
La terrible prudencia de acallar los gritos
de los hambrientos y los oprimidos.

Danos sinceridad,
para no llamar prudencia
a la cobardía, al conformismo,
a la comodidad.

No es de prudentes el ser cristianos
y el seguir a Cristo.
No es prudente «vender lo que se
tiene y darlo a los pobres».
Es imprudente entregar la vida por Dios
y por los hermanos.

Que cuando sintamos la tentación
de la prudencia,
recordemos que Tú «has escogido
la debilidad del mundo para derrotar
a los fuertes;
y a los estúpidos para confundir
a los sabios».
Porque la prudencia del mundo
es enemiga de Dios.

43. Cristianos del silencio

Hay cristianos mudos,
que mientras no les toquen a ellos,
se quedan tranquilos
aunque se cuartee el mundo.

No protestan por las injusticias,
porque están esclavizados al Estado
por la persecución o por el compromiso,
comprados por el miedo o por el
oportunismo.

Otros, tal vez,
porque no tienen nada que aportar.
Para ellos la fe es una cosa etérea,
que no tiene nada que ver con la vida;
vale solo de nubes arriba...

Te pedimos, Señor,
por los cristianos del silencio;

que tu Palabra les queme las entrañas,
y les haga superar la coacción.
Que no callen como si no tuvieran
nada que decir.

Tú sabes lo que conviene a tu Iglesia,
si un fervor de catacumbas
o la rutina de una «protección» oficial.
Dale lo que sea mejor,
aunque sea la cárcel y la pobreza.

Líbranos del silencio del ahíto
ante la injusticia social;
líbranos del silencio «prudente»
para no comprometernos.

Tememos haber limitado tu Evangelio;
ahora ya no tiene aristas,
ni sobresalta a nadie;
hemos querido convencernos
que se te puede servir a Ti y al dinero.

Señor,
libra a tu Iglesia de todo resabio
mundano;
que no parezca una sociedad más,
con sus caciques, sus accionistas,
sus privilegios, sus funcionarios,
y su burocracia.

Que nunca tu Iglesia sea iglesia
del silencio,
ya que es la depositaria de tu Palabra;
que pregona libremente,
sin reticencias ni cobardías.
Que no calle nunca,
ni ante el guante blanco,
ni ante las armas.

44. Paz

Todos hablamos de paz;
pero la paz no viene.
No lo queremos confesar,
pero en lo íntimo preferimos la guerra.

El sensacionalismo
de nuestros periódicos
es para la guerra y la violencia.
Nuestras plazas tienen monumentos
a los autores de grandes matanzas.

Ya en la escuela,
enseñamos a los niños a identificar
la guerra y la Patria.
Nuestras glorias están cargadas
de sangre...

Señor de la vida,
enséñanos a trabajar para la paz,
y no para la discordia;
la paz, por supuesto,
basada en la justicia.

Y no se nos llega a ocurrir
ofrecerte nuestras armas;
como si Tú tuvieses también
bendición para la guerra.
Tú tan solo nos hablas de paz
y de amar a nuestros enemigos.
No hay nada que justifique la guerra.
Se han acabado ya las guerras santas
y las cruzadas; fueron solamente
un fraude.
Ningún ideal puede exigir centenares
de cadáveres.

El espíritu no tiene nada que ver con
las balas.

¡Señor, haznos aborrecer la retórica
del armamentismo y de los desfiles,

así como evitamos la propaganda a favor de la criminalidad!

Que prefiramos el diálogo humano, a las amenazas, a la represión y a las matanzas.

Haz, Señor, que caigamos en la cuenta de que la violencia es demasiado trágica para utilizarla alegremente, como por juego.

Y a los profesionales de las armas y de la guerra hazles hallar un oficio mejor; porque Tú, Príncipe de la Paz, odias la muerte.

45. Sinceridad

Somos insinceros.
Por miedo a la verdad,
controlamos los medios
de información;
procuramos desconocer la miseria;
gritamos ante quienes no piensan
como nosotros,
para no escucharles.

Nos asfixia la insinceridad.
La de la hipocresía;
la de la adulación;
la de la apologética;
y la de la demagogia.

¿Qué sentido tiene este miedo de los «buenos» ante la verdad?

En el fondo,
no creemos que la verdad nos hará libres.

Jesucristo, nos da miedo la verdad,
para serte sinceros.

La verdad nos pone en carne viva;
delata nuestra cobardía;
descubre nuestras tergiversaciones;
y nos obliga a actuar.

Danos fuerza para aceptar la verdad,
la que vuelve a sus justas proporciones
nuestras hinchadas apariencias.

Danos el coraje de aceptar la verdad,
aunque la diga un enemigo,
aunque la diga un subordinado.

Enséñanos, Señor,
a creer en la fuerza de la verdad,
para que no la tengamos que proteger
con nuestras reticencias,
y nuestras mentiritas.

Quisiéramos tener
la sinceridad de la sencillez;
de no aparentar lo que no somos.
De seguir profesando lo que pensamos,
aunque llegue la noche,
y aunque cambie el gobierno.

La sinceridad es diálogo;
la sinceridad tolera también
la sinceridad ajena.
Concédenos la sinceridad
de admitir que nos podamos
equivocar,
y de que a veces nos equivocamos.

Si tenemos la verdad,
no podemos camuflarla,
no podemos ocultarla
por miedo a la contradicción.
Sabemos que la verdad triunfará.

Te pedimos, Señor,
que cada día aumente nuestra verdad,
escuchando todas las pequeñas
verdades de los «otros».

TESTIMONIO DE LA HUELGA DE HAMBRE

Testimonio personal de Luis Espinal sobre sus diecinueve días de huelga de hambre. La Paz, 31 de diciembre de 1977 - 18 de enero de 1978.

No voy a narrar acontecimientos por todos conocidos y comentados ampliamente por la prensa y la radio bolivianas, y difundidos aun internacionalmente. Quiero hablar solamente de mis impresiones personales ante una de las experiencias más intensas de mi vida. Momentos como el del apresamiento de mi grupo de huelga mientras intentábamos cantar «Viva mi Patria Bolivia» no los olvidaré jamás.

La lucidez con que hemos pensado en jugarnos la vida en algún momento me trae un instante de suprema serenidad: la vida es para esto, para gastarla... por los demás.

Las fechas escogidas para la huelga de hambre fueron impugnadas y parecían poco aptas: fiesta de fin de año, mucha gente estaba de viaje, la Universidad cerrada, periódicos y radios sin actividad por el fin de año, etc. No obstante, mi grupo emprendió la huel-

ga el 31 de diciembre como manera de apoyar a las mujeres mineras, precisamente en este cuello de botella. La huelga, como un incendio, no elige el día ni la hora. Hay que aprovechar la coyuntura cuando llega. Para enmarcar mi experiencia de la huelga de hambre, he de aclarar dos hechos: primero, mi condición de intelectual pequeño burgués, que de pronto se siente plenamente inmerso en una experiencia histórica, popular y revolucionaria. Tal vez, por primera vez, he sido útil para mi pueblo. En aquellos días nos hemos sentido en la oleada delantera del avance de la historia; nos hemos sentido colocados en una posición justa y en un momento justo. Aquellas jornadas han tenido algo de semejanza con los días de la lucha por la independencia frente a la colonia. Lo correcto de nuestra actitud lo comprobábamos por el eco popular que tenía y por los

comentarios políticos que nos llegaban de grupos representativos. Esto nos hacía sentir del pueblo y para el pueblo.

El segundo hecho es mi condición de boliviano nacionalizado (a menudo atacado por el gobierno como extranjero indeseable), que en un momento dado se encuentra aceptado por el pueblo; morir por un pueblo puede dar más carta de ciudadanía que nacer en un pueblo. A este propósito, recuerdo que un día llegó un campesino, desde su comunidad perdida en el Altiplano; traía su cartita de apoyo a la huelga de hambre, con tres firmas y dos huellas digitales. Las faltas de ortografía testimoniaban su autenticidad popular. Aquel día sentí que no era extranjero en Bolivia.

La huelga de hambre es una experiencia límite, a la cual nos hemos lanzado con serenidad, sin entusiasmo, críticamente, después de considerar que las fechas eran poco oportunas.

Además, en aquel momento no éramos aún multitudes; éramos el primer grupo de apoyo a las esposas mineras. Además, la huelga de hambre la hemos empezado con una carta de prejuicios y con falta de información. Por ejemplo, yo creía que no se podría durar más de una semana sin comer. Pero, en realidad, hemos aguantado casi tres semanas, y aún teníamos resistencia para prolongarla unos días (o semanas) más.

Una hijita de Domitila Chungara le escribía a su mamá, y la palabra huelga había cobrado un matiz muy nativo: *welga*. Una nueva ortografía popular muy simpática. Era una huelga del pueblo.

La experiencia del hambre

Lo más doloroso en la huelga de hambre son los primeros días. Luego, parece que el organismo se acomoda a la situación. Al principio se siente el hambre, con su acompañamiento de retortijones y acidez gástrica. Hacia el tercer día, es muy intenso el dolor de cabeza. Luego, poco a poco, el aparato digestivo se va paralizando hasta llegar a una inactividad total, como si no existiese. A partir de entonces solo va en aumento la debilidad; una debilidad que se convierte en somnolencia y cansancio.

Teníamos los ojos un poco irritados, tal vez por estar casi siempre bajo la luz de los tubos fluorescentes. La desnutrición se notaba en la boca: la base de los dientes estaba sensibilizada; tocarlos era como tocar una herida.

La huelga de hambre me ha hecho descubrir las energías físicas de nuestro organismo, mucho más resistentes de lo que creía. Es una máquina extraordinaria. El organismo se ha puesto a economizar energías, a autodefenderse a base de una especie de hibernación; parecía que todo se había lentificado, hasta la respiración. También son inmensas las energías psicológicas de nuestra mente; y el cuerpo necesita los ideales con más urgencia que la propia comida. Cuando se cree en lo que se hace, el cuerpo resiste mejor. Hemos descubierto que podemos más de lo que creíamos; estamos más arraigados a la vida de lo que sospechamos.

Por otra parte, hemos tenido una esmerada atención médica; no era, por lo tanto, jugarse la salud a la ruleta. Y la profunda somnolencia que da la debilidad nos hacía encontrar aceptable

la dureza del suelo para dormir. A pesar de que cada día eran más salientes las aristas de nuestros huesos, se podía dormir con facilidad. Hasta sobre clavos habríamos dormido.

Durante la huelga, no se me antojaban platos exquisitos, sino la comida más vulgar: tostaditas de pan. Aun el agua tenía un sabor envidiable. Un día intenté imaginar alguna comida de las que no me gustan, pero en aquel momento todo me parecía sabroso y a pedir de boca.

Caí en la cuenta de que nunca había tenido la experiencia del hambre. Esta experiencia el pueblo la sufre con frecuencia; nosotros la hemos sufrido como en un laboratorio. El hambre se nos ha convertido también en un medio de comunicación; es una manera para comprender mejor al pueblo que hambrea siempre, y no solamente en una circunstancia excepcional. El hambre es una experiencia violenta, que nos hace comprender la valentía y la ira del pueblo. Cuando se tiene hambre, se comprende mejor la urgencia de trabajar para que haya justicia en el mundo. Los pobres hambreadan todo el año, pero ellos no están en vitrina (como lo estábamos nosotros), y su hambre es tan crónica que ya ha dejado de ser noticia. Este pensamiento me hacía sentir un hambriento muy especial, muy alharcado, muy burgués.

Con el subconsciente a flor de piel

En la huelga de hambre he aprendido muchas cosas. Al tratarse de una experiencia límite, me ha enfrentado con problemas tan serios como el de la

muerte, que hemos aceptado como una posibilidad real y concreta, seguramente como se hace en la guerra. Una vez se ha aceptado la muerte misma si hiciese falta, ya no hay nada que pueda acobardar; y esto nos ha dado un gran libertad y lucidez; pienso en las cosas que hemos dicho a los policías que nos apresaban o amenazaban. Por ejemplo, nosotros decíamos a los mediadores que no tuviesen prisa, que se tomasen el tiempo necesario para la gestión; nosotros no teníamos prisa: la huelga de hambre debe ser más angustiosa para el que la contempla que para el que la sufre.

La debilidad parece que pone el subconsciente a flor de piel. Cualquier ejercicio de yoga me habría sido fácil. Bastaba fijar la atención en un punto para perder lentamente la conciencia del mundo circundante y sumergirse en una especie de serenidad, como un nirvana. Comprendí el fácil engaño de los estados místicos. El límite entre vigilia y sueño parece ser mucho más débil, al igual que entre consciente e inconsciente.

Con la debilidad creciente, no se ha demorado nuestra voluntad —como temíamos— ni se ha oscurecido nuestra mente; todo lo contrario. Ahora comprendo por qué se dice que «es más listo que el hambre». Es cierto que hemos sentido la debilidad física (expresada en la somnolencia, que algunos ya temían como si fuese una precursora de la muerte), hemos notado que nuestro subconsciente afloraba más fácilmente y se expresaba a través de sueños relacionados con los temas básicos del hombre: la violencia y la muerte. Yo, por ejemplo, nunca sueño, pero en aquellos días tenía sueños de estilo cinematográfico: entraba la policía y

nos tiroteaba allí sobre el suelo, y los chorros de sangre saltaban lentamente, como en los filmes de Peckinpah; o comíamos carne humana, unos filetes alargados, como los deportistas del accidente de avión en los Andes.

A lo largo de la huelga, han ido aumentando los índices de emotividad, pero sin menoscabar la racionalidad ni la lucidez. Más que aumentar la emotividad, notaba que nos fallaban los controles culturales que normalmente limitan su expresión exterior. Por ejemplo, me sentía extraño al notar la facilidad con que me atacaba el llanto o la emoción.

Nos han dicho que el hambre aumenta la agresividad. Este debe ser un componente del instinto vital de conservación: la agresividad para defenderse en una situación de peligro habitual. Nosotros no notamos esta agresividad contra el grupo, lo cual sería lamentable para la convivencia. Esta agresividad, tal vez, se descargaba en las visitas y, sobre todo, en los comentarios que hacíamos.

En realidad, durante la huelga, el mayor peligro que hemos tenido hemos sido nosotros mismos: el nerviosismo, el pánico, la ansiedad... Los huelguistas que se han tenido que dar de baja médicamente con frecuencia se han debido a estas causas psicossomáticas, más que a la debilidad física proveniente de no comer. Por eso tiene tanta importancia el mantener la moral alta dentro de cada grupo, lo cual se ha logrado con los chistes, la clarificación de nuestros objetivos, aceptar las amenazas, etc.

La huelga de hambre, como toda praxis radical, ha ayudado también a radicalizarnos y a aclarar nuestras ac-

titudes ideológicas. Ante el hambre ya no vale la simple palabrería aprendida en los libros. La huelga de hambre nos ha radicalizado a nosotros y ha radicalizado a la gente que ha estado en contacto con nosotros. Es el mejor cursillo politizador al que hemos asistido jamás. Este cursillo intensivo de politización venía ayudado por la misma variedad humana y política de los participantes en el grupo de huelga; así se han entablado provechosos diálogos entre diversos partidos, se ha profundizado en un necesario diálogo cristiano-marxista, etc. De los grupos que han estado en la huelga de hambre, sin duda van a salir personalidades para la militancia política más estricta.

Hambre e ideología

La huelga de hambre vale políticamente en la medida en que es una experiencia publicitada, si es una experiencia para la vitrina. Hemos estado realmente en una vitrina, en un local periodístico, lejos de toda vida privada. Por esto elegimos acertadamente el local de un periódico. Esto ya plantea un tema político: la huelga de hambre no es un acto solamente ético y personal, sino publicitario y colectivo. La huelga vale en la medida en que es conocida y divulgada. Por supuesto, entiendo por «publicitario» que ha de ser público y publicitado; no que deba ser falso o ficticio. Esto nos separa de la moral individual, privada y personal.

Al empezar la huelga de hambre, encontramos un buen motivo publicitario y emotivo: sustituir a los niños mineros para que ellos no hambreasen. Este era un recurso emotivo y fácil-

mente comprensible para todos. Más adelante, ya optamos más directamente por el apoyo de los cuatro puntos propuestos por las huelguistas de las minas, que luego cohesionaron a todos los grupos.

Cuando iban proliferando los grupos de huelga de hambre por todo el país, el gobierno habló de una cabeza invisible que lo planificaba todo. En realidad, la huelga de hambre fue un fenómeno espontáneo, que halló gran eco popular por la justicia de lo que se pedía y por una creciente conciencia de lo raquítica que fue la amnistía navideña. La huelga brotaba por doquier, como la hierba después de la lluvia sin que nadie la siembre. Por otra parte, en lo que se pedía no había eslóganes sofisticados ni raros, ni palabrería política para entendidos, sino enunciados llanos y asequibles para todos. Se pedían cosas concretas en vez de soltar epítetos hirientes contra el gobierno. Al estar formuladas las peticiones de un modo llano y poco ideológico, no se identificaban con consignas de ningún partido político concreto, sino que aglutinaban apoyos de diversos sectores políticos y de gente independiente.

Si se hubiesen lanzado consignas frías, ningún partido habría sido capaz de acaudillar un movimiento semejante. Y, en cambio, aquí no había una buena red organizativa; aunque no se pueden olvidar los aportes de los grupos de Derechos Humanos y de los grupos universitarios. La expectativa en la que se mantuvieron los partidos políticos (además de mostrar su propia debilidad) fue beneficiosa para no politizar excesivamente el movimiento huelguístico y mantenerlo dentro de un tono solamente humano y sindical.

Hay que tener en cuenta que los seis años de dictadura han desprestigiado en exceso la palabra política en su afán de desmovilización social.

La huelga de hambre se ha enmarcado dentro de las características de una lucha pacífica de resistencia, como Gandhi o Luther King. Este pacifismo ha dificultado la credibilidad de los epítetos injuriosos lanzados por el gobierno: era un movimiento extremista o subversivo. Nuestra protesta difícilmente se podía decir que alteraba el orden público. Su aspecto pacífico minaba la moral de los propios agentes, como vimos en la noche en que nos apresaron, cuando uno de los policías comentó: «Nunca he odiado mi profesión como ahora». Su fuerza brutal queda ridiculizada y denunciada por nuestra actitud de resistencia pasiva.

La huelga de hambre la he sentido como una experiencia clave en contra de la sociedad de consumo. Cuando uno se priva de algo tan necesario como el alimento, todos los bienes de consumo se vuelven superfluos y aun ridículos. ¿Qué significa entonces el dinero, la posesión de bienes, la comodidad, el afeitarse y aun ciertas formas de educación y urbanidad...? Cuando no se come, la moda, las apariencias, el qué dirán, el figurar, etc. pierden todo su valor. Así se recupera un alto nivel de libertad, ya que el consumo nos compra: hemos de someternos a mil cosas para ganar más y poder comprar más.

Nuestro grupo se planteó la tarea de prestigiar la huelga de hambre. Ya que es la última arma del pueblo, no se la puede desgastar ni despreciar impunemente. Hemos visto los conatos desesperados del oficialismo por desprestigiar la huelga de hambre por

medio de calumnias o insinuaciones de que se comía. Por esto, nuestro grupo optó por hacer una huelga más estricta aún, absteniéndose incluso de dulces o de líquidos que pudieran parecer alimenticios.

Esta agudización de la estrechez de la huelga de hambre nos ha servido también a los propios huelguistas para mantener una moral más alta: el hambre era tan sincera como nuestras peticiones e ideales. Por esto rechazamos toda propuesta de farsa, para quienes querían sensacionalismo. Por otra parte, la alta resistencia de nuestros organismos ha dado a la huelga el tiempo necesario y suficiente para que evolucionen los acontecimientos y las negociaciones. Pensemos que, como pequeños burgueses, tenemos más reservas orgánicas que un obrero, habitualmente mal alimentado.

Algunos sentían necesidad de espiritualizar la huelga de hambre, para hacerla más cristiana; y en este sentido se celebraron dos misas en nuestro grupo. Yo no sentía esta necesidad. El hambre me resultaba un magnífico rito religioso, de solidaridad y comunión. ¿Por qué he de buscar a Dios por otros caminos cuando sufro solidariamente con mis hermanos? ¿Por qué buscar a Dios en el misterio cuando era tan tangible en la vida?

También dentro de la Iglesia Católica se manifestaron claramente las estructuras de clase; los jerarcas propendían a sostener las ideas del gobierno y, en cambio, la gente de base se identificaba con los postulados del pueblo. Por ejemplo, el Cardenal pactó con el gobierno, por su cuenta, sin tener en cuenta ni escuchar detenidamente las propuestas de los huelguistas. Menos

mal que luego retractó su actitud. En cambio, el Arzobispo de la Paz estuvo siempre a nuestro lado; nunca olvidaré su presencia silenciosa y doliente, pero participante en una de las noches en que estaba preso. Finalmente, su actitud firme y la amenaza de entredicho fueron factores que influyeron para solucionar el problema.

Experiencia de grupo

Celebrar algo juntos une, pero hambrear juntos creo que une mucho más. Hemos tenido una experiencia de grupo y de hermandad inolvidable durante la huelga. Lo que nos unía eran actitudes e ideales muy importantes para nosotros.

La huelga de hambre ha sido una extraordinaria experiencia de grupo: pocas personas encerradas en un espacio reducido y enfrentadas con problemas básicos de política y supervivencia. Esta es una situación ideal para un grupo. Este grupo variado se ha unificado por la presión misma de los acontecimientos y por la vibración por los mismos ideales. Esta experiencia de grupo se ha convertido en un cursillo fecundísimo, que nos ha politizado más y nos ha enriquecido humanamente. Acercarse a los problemas del pueblo es una gran universidad.

Por otra parte, éramos un número ideal (once personas), un grupo fácil en el que interrelacionarse; ni demasiado grande ni excesivamente pequeño. El espíritu de grupo nos ha ayudado a olvidarnos de nosotros mismos como individuos, lo cual se probó en el momento de la separación violenta y el aislamiento (al caer preso) donde cada

uno decidía cómo arriesgar su vida (por ejemplo, al cortar el consumo de agua y el rechazo de la asistencia médica, en el momento más crítico, con tal de tutelar a los demás). Este espíritu de equipo es el que nos llevó de la solidaridad con cinco mujeres mineras, una solidaridad mayor entre más de mil huelguistas de hambre y numerosos grupos de apoyo, hasta el movimiento nacional y aun internacional.

En la huelga de hambre, los grupos de apoyo han sido tan importantes (o más) que los propios grupos en huelga. Una decisión acertada fue la de no dialogar con el gobierno grupo por grupo separadamente, sino todos en conjunto, a través de nuestros mediadores de Derechos Humanos (que no estaban en huelga, al menos al principio) y que podían conocer mejor los detalles de la situación sociopolítica.

Pronto nos dimos cuenta de que los grupos más aislados eran los más expuestos al pánico y a la desorientación, o a tomar decisiones incorrectas o apresuradas. Por esto nos han ayudado extraordinariamente las visitas; porque, aunque cansen físicamente, distraen y animan. Y, a veces, derivan en anécdotas chistosas: un sábado a medianoche vino a verme un amigo farreado; también él quería entrar en la huelga de hambre. Le dije que volviera al día siguiente, ya de sano, y que entonces hablaríamos. Aquella noche, mi amigo se quedó durmiendo en la escalera.

En estos momentos excepcionales se muestra realmente quién es quién. Amigos, al parecer muy cercanos, se hicieron humo; como si fuéramos apestados. En cambio, nació una nueva solidaridad con centenares de per-

sonas, antes desconocidas. Los mensajes, frecuentemente chistosos, que intercambiábamos entre los grupos de huelga, han sido muy eficaces para mantener la moral y unirnos para una misma causa. Así se ha creado una mística que superaba en mucho una eficacia puramente funcional. Luchar por una causa justa no es algo triste, aunque se pase hambre.

Siempre los chistes macabros tienen un sabor agri dulce, pero contados por famélicos durante la huelga se ve que tenían un impacto especial sobre los visitantes; éramos como una pedrada en un cristal; era romper esta convención social de no hablar de la saga en casa del ahorcado.

Cada grupo, en sus contactos con la prensa, narraba sus propias experiencias, pero dejaba los comunicados y los temas de fondo para los mediadores, para evitar interferencias y discrepancias. También, un buen ejemplo práctico del espíritu de grupo que nos ha animado ha sido el delegar quiénes iban a hablar ante las diversas televisiones que vinieron a entrevistarnos, sin dejarnos llevar por las ganas de figurar o de aparecer en la pantalla.

La huelga de hambre, finalmente, ha dado la lección de la posibilidad de formar un frente amplio dentro de la izquierda, arrinconando momentáneamente lo que nos separa, para insistir en lo que nos une tácticamente. Sería un idealismo utópico y un despilfarro de energías insistir en lo que nos diferencia: este es un lujo que en este momento no nos podemos permitir y que aplazamos para tiempos mejores. Nuestro enemigo es el fascismo y el imperialismo, y no nuestro hermano de izquierda que milita en el partido de al lado.

En el momento de la prueba

Las tácticas utilizadas para hacernos desistir de la huelga han sido numerosas. He aquí algunas para tenerlas en cuenta como experiencia para el futuro:

Cansarnos dando largas antes de entablar un diálogo con los huelguistas.

Infiltrar policías en los lugares de huelga para descubrir a los cabecillas y organizadores, y poder actuar contra ellos.

Desalentar con amenazas, con presiones familiares, con la incompreensión de los amigos, etc.

Desprestigiar la huelga de hambre, diciendo que comíamos, hacíamos orgías, etc.

Con la represión abierta al tomar-nos presos, amenazándonos con juicios y expulsiones del país.

Durante el Congreso Nacional de Derechos Humanos, en diciembre, la policía había rodeado el recinto de las reuniones y nos había sacado fotos a los participantes. Durante la huelga de hambre, nos tomamos el gusto de ser nosotros quienes sacábamos fotos a los policías camuflados que venían a observar. Cada fotografía, a juzgar por sus caras, les dolía como un disparo.

Al allanar los centros de huelga de hambre, la policía dejó en algunos de ellos botellas vacías de licor para denigrar a los huelguistas. También se calumnió a la huelga hablando de orgías entre la gente joven de la universidad. Todo esto es absurdo. En el estado de inanición en que estábamos, el trago habría deshecho nuestro estómago, cuando hasta un café nos daba náuseas. Y el que imaginó las orgías estaba bien comido, ya que el hambre adormece todo instinto sexual.

Una medida acertada ha sido la de continuar la huelga de hambre, aunque estuviéramos ya presos e incomunicados. Si a esto se le unía el no aceptar revisión médica, creaba el pánico de que alguno de los huelguistas se muriese en los lugares de detención.

Una noche, hacia las tres, tuve enormes ganas de fugarme. Era algo así como el deseo de un niño de hacer una travesura, simplemente para molestar a la autoridad arbitraria. La clínica estaba silenciosa, los policías dormían y allí sobre la mesa estaba la llave... Pero había otros presos, y mi fuga habría embromado a los demás. Hubo que dejarlo para otra ocasión.

Radicalizar la huelga de hambre hasta convertirla en huelga de sed es una medida extrema, y solo se debería usar como último recurso. Aquí el plazo temporal de que se dispone es mínimo (¿48 horas?) y fácilmente es irreversible, y puede acarrear lesiones orgánicas de importancia. Los universitarios de La Paz se lanzaron por cuenta propia a este camino, sin consultar. Al tratarse de un último cartucho, hay que jugarlo con toda lucidez.

Así creo que lo jugué, una vez que ya estábamos presos e incomunicados, como arma para conseguir movilizar a favor de nuestros compañeros presos. Hacer una huelga de sed, cuando uno ya está debilitado por la huelga de hambre, fue tal vez una indiscreción. Con la huelga de sed, la boca y la garganta se secan, la lengua parece de corcho, en la boca no hay una gota de saliva y aun hablar se hace difícil. La sed que se tiene es rara: no es la sed ordinaria que todos conocemos, es ya un dolor como un cuchillo clavado en el paladar y que va hasta el cerebro.

Y llegó el triunfo

Ha sido también importante la experiencia del triunfo, pero de un triunfo limpio, que afectaba más a los otros que a uno mismo. Esto me ha dado la impresión de ser estos unos días que valía la pena vivir, que valía la pena sacrificarlo todo por ellos. Hemos visto claramente que hay cosas que valen más que la propia vida. ¿No será un ideal muy rastroso esperar morirse de senectud y vejez? ¿No será mejor morir por algo?

La victoria política ha sido múltiple: no solamente se ha conseguido lo que se pedía, sino que se ha dado esperanza y osadía al resto del pueblo; así se han ido desconociendo los coordinadores laborales y ha surgido el empuje sindical; en las calles se ven caras conocidas de personas que hace años estaban en el exilio o en la cárcel.

Otros obreros recuperan sus puestos de trabajo. Esta victoria, el pueblo la ha ido aprovechando, con prudencia, sin provocaciones, sin alarmar a nadie con palabras estridentes. Es mejor que sean los hechos los radicales.

La huelga de hambre se ha convertido en una experiencia imitable aun continentalmente. El ejemplo boliviano ya se ha citado en el Brasil como un precedente; y en Perú se ha procurado imitar el modelo boliviano. Entonces, hambrear valía la pena.

Los días posteriores a la huelga, me daba vergüenza andar por la calle. Personas desconocidas, gentes de toda clase social nos han felicitado repetidamente. Finalmente, no hemos hecho una huelga de hambre tú o yo: ha sido todo un pueblo; hemos sido uno más dentro de la corriente. No he hecho nada extraordinario: era algo que simplemente había que hacer.

«Ayudar» es el verbo con que Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.

*Bajo este lema de servicio y sencillez,
la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES)
ofrece esta serie de materiales ignacianos.*

Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) **Colección «Ayudar»**

82. D. MOLLÀ. Pedro Arrupe, carisma de Ignacio: Preguntas y propuestas - 83. F. RIERA. Inmersión en la Manresa ignaciana - 84. D. GUINDULAIN. Atraídos por Dios. Cuarenta y nueve prácticas espirituales - 85. F. JALICS. La fase contemplativa de los Ejercicios ignacianos - 86. J. RIBALTA. Cartas para acompañar - 87. C. MARCET. Ignacio de Loyola acompañado, acompañante, en compañía - 88. D. MOLLÀ. Del «magis» personal al «magis» institucional - 89-90. J. M. RAMBLA - J. M. LOZANO (eds.). Discernimiento comunitario apostólico - 91. J. M. LOZANO. La plenitud del tiempo - 92. L. ESPINAL. Oraciones a quemarropa

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet en: www.cristianismeijusticia.net/es/eides

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicite. Si usted desea recibirlos, pídalos a Cristianisme i Justícia.

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89

www.cristianismeijusticia.net/eides